

Escuelas Escritoras

ANTOLOGÍA 2017

PRESIDENTE DE LA NACIÓN

Mauricio MACRI

JEFE DE GABINETE DE MINISTROS

Marcos PEÑA

**MINISTRO DE EDUCACIÓN, CULTURA,
CIENCIA Y TECNOLOGÍA**

Alejandro Oscar FINOCCHIARO

JEFE DE GABINETE DE ASESORES

Javier MEZZAMICO

SECRETARIA DE INNOVACIÓN Y CALIDAD EDUCATIVA

Mercedes MIGUEL

Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología
Escuelas Escritoras : antología 2017. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología., 2018.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-46981-2-4

1. Antología.
CDD A863



Plan Nacional de Lectura y Escritura / Coordinación de Materiales Educativos
Alicia Serrano (coordinadora), Gonzalo Blanco (responsable de publicaciones),
Alicia Bas, Martín Glatzman, Paola Iturrioz, María Gabriela Nieri
y Javier Rodríguez (edición), Paula Salvatierra (diseño y diagramación).

Índice

The word "Índice" is rendered in a blue, stylized font. The letter "I" is a darker blue, while the "ndice" is a lighter blue. The letters are slightly overlapping and have a soft, rounded appearance. Silhouettes of people and animals are integrated into the design: a small dog silhouette is on the left side of the "I", a group of three people (an adult and two children) is walking across the "nd" and "i", a bird silhouette is on the left side of the "c", and a llama silhouette is on the right side of the "e".

nivel
inicial

The title 'nivel inicial' is written in a playful, rounded font. The word 'nivel' is in a light green color and 'inicial' is in a darker green. A small black silhouette of a stork is perched on the letter 'l' in 'nivel', and a small black silhouette of a frog is perched on the letter 'i' in 'inicial'.

Historia de los gatos	9
Los bichitos del bosque	11
La maga y la piedra mágica	13
El barco de Nacho y los piratas	21
El gran sueño de Julio	24
Mar de pulpos	28

1º nivel Primario

Las aventuras del leodrago y el dragonoso	32
El extraño mundo de Wákulum	33
El regreso de la bruja	36
La puerta secreta	38
Un piano, un viaje y una escuela	42
La máquina de Juancho	47
Salsipuedes	49
El intruso	52
Así nacieron el sol y la luna	55

nivel Secundario



Leyenda de Marcos Juárez	58
Inundados de amor	59
Los ojos de Lautaro	63
La melodía de la soledad	71
Una más	77
La tragedia de Dmitry Vólkov	80
Último minuto	84
Perseguidos	89
Sin electricidad	93
Los amigos	107
Sueños cumplidos	110

PRESENTACIÓN

Desde la Secretaría de Innovación y Calidad Educativa presentamos esta antología de relatos producidos por alumnos y alumnas de las escuelas de nuestro país. Estos textos fueron escritos en el marco de la propuesta Escuelas Escritoras, una experiencia que empezó en el 2017 (R.M. 19518586), y continúa durante este 2018, destinada a trabajar la singularidad de la escritura y la ilustración colectiva en los tres niveles educativos: inicial, primario y secundario.

El Plan Nacional de Lectura y Escritura produjo un material orientador para cada uno de los niveles. Las escuelas participantes trabajaron sobre las actividades sugeridas y propiciaron instancias de escritura para la producción de textos breves narrativos ficcionales que pusieran el acento en la construcción del espacio narrativo especialmente, pero que también tuvieran en cuenta otros elementos del relato como la temporalidad, el narrador y los personajes. La diversidad de voces está presente tanto en la redacción colaborativa como en las producciones visuales.

Leyendas, viajes, portales en el tiempo y en el espacio, historias de amores, animales fantásticos, seres maravillosos forman parte de los mundos de este recorrido lector.

Queremos destacar que esta antología es posible gracias a la entusiasta participación de los niños, niñas y jóvenes; de los y las docentes que acompañaron el proceso de escritura y producción visual, y al trabajo de selección realizado por los equipos de los planes de lectura y escritura de cada jurisdicción participante.

Los invitamos a la lectura de este material, nos impulsa el propósito de fomentar en los lectores de esta antología el deseo de leer, escribir y dibujar en compañía, generando una gratificante práctica educativa.

nivel
inicial




Historia de los gatos



Los gatos bailan, se confundieron, pero no tienen que estar tristes, solo tienen que leer en el jardín el cartel, no les gustó Tucumán pero a los ratones sí. Después se alegraron cuando tomaron la leche en el almohadón amarillo que era bien gordo.





Córdoba, Córdoba
Jardín de Infantes
"Martha Salotti" (3 y 4 años T.T.) 

Los bichitos del bosque

Los bichitos espiaban a los hombres.
Los hombres ponían luz eléctrica...
Hombres y bichitos se sentaron a conversar.





Laborde, Córdoba - Jardín de Infantes "Dardo Rocha" (4 y 5 años) ✨ ✨ ✨



La maga y la piedra mágica

La semana pasada apareció un submarino en el mar,
era de color amarillo y blanco con aletas azules.

En la parte más alta tenía un visor para ver todo lo que sucedía.

En el submarino iba una maga llamada Magalí. Ella era alta, sus ojos eran de color azul, su cabello color rojo con gris, su piel era blanca y siempre tenía una gran sonrisa y una varita mágica.



Magalí estaba buscando una piedra preciosa, la más hermosa y brillante del mar, con ella sería la más poderosa del mundo, pero no sabía dónde encontrarla; no conocía el camino para llegar a la piedra.

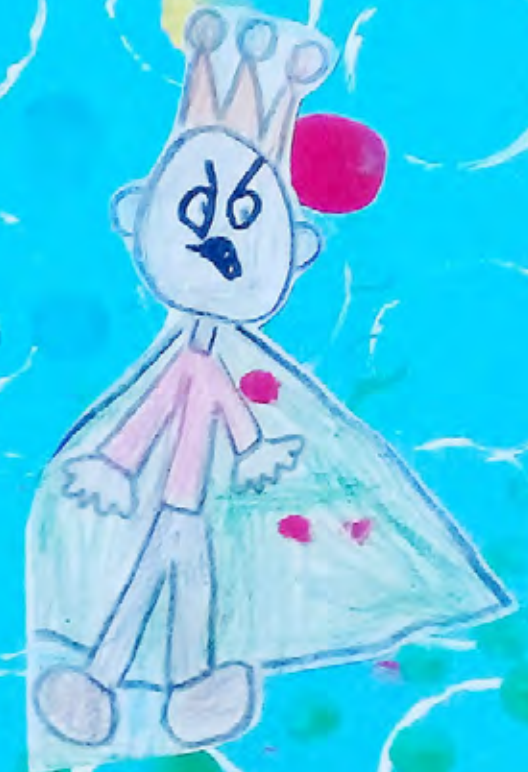
Navegaba, navegaba y cuando llegó a las profundidades del mar encontró a un zombie que protegía a las tierras del mar y a la piedra. El zombie se acercó a la maga.



Entonces, desde el fondo del submarino,
apareció un superhéroe que era muy fuerte y tenía poderes.
Cuando el zombie estaba frente a la maga, se puso entre
ellos apareciendo mágicamente porque era invisible.



El superhéroe defendió a la maga y venció al zombie.
Mientras tanto, la maga pudo conseguir la piedra y cuando estaba a punto de levantarla apareció el rey zombie de los mares quien le quitó la piedra y abrió la boca grande para comérsela.



En ese momento el superhéroe le lanzó otra piedra, el rey zombie se la tragó y cayó.



La maga tomó la piedra mágica y se fue junto al superhéroe a usar todo el poder y la magia para ayudar al mundo a ser bueno, a compartir y colaborar entre todos.





Y así...todos fueron felices para siempre.
¡Y colorín, colorado, este cuento se ha terminado!

Palpalá, Jujuy - Escuela N° 266 "Provincia de Catamarca" (4 y 5 años T.M. y T.T.)

El barco de Nacho y los piratas



Una mañana muy temprano con el sol apenas asomando. Los piratas malvados, iban. Navegando por todos los mares, océanos, buscando un tesoro muy valioso.

De repente, se encontraron con otro barco. El de Nacho que iba con todos sus amigos los animales, el bicho bolita, el escarabajo, la langosta, el piojo, el cascarudo, la hormiga negra, el ratón y el grillo.

Nacho y sus amigos buscaban a la princesa.





Un día el viento dejó de soplar y el barco se paró muy cerca de una isla.

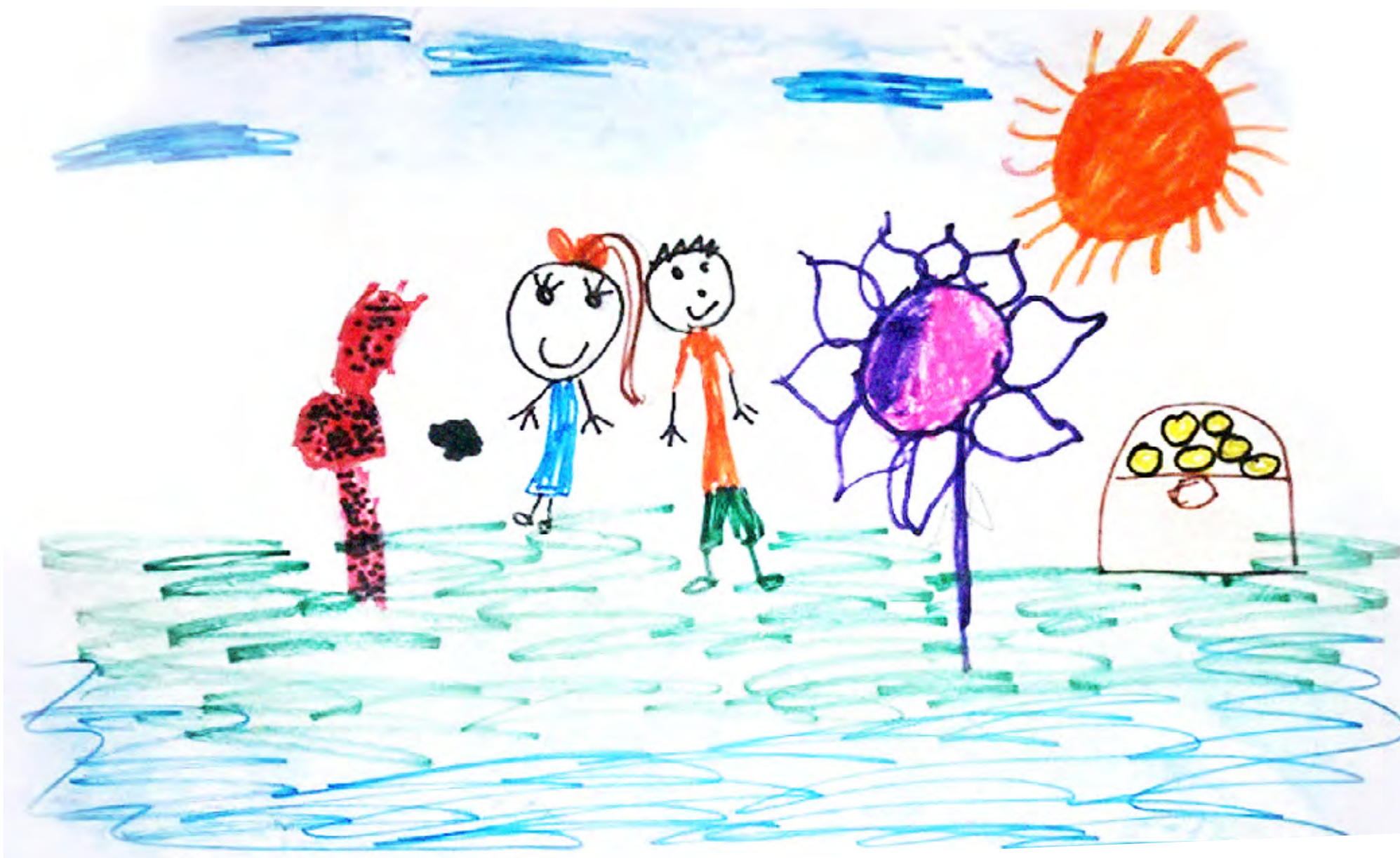
Nacho y sus amigos decidieron bajar para ver si encontraban a la princesa. Pero vaya sorpresa que se dieron. Se encontraron con los piratas y estos pensaron que Nacho también quería el tesoro.

Uno de los piratas les pidió que se fueran de la isla porque era de ellos y Nacho les dijo que buscaban a su princesa.

Los piratas lo aceptaron, y decidieron que entre todos buscarían al tesoro y la princesa.

Después de muchas horas de buscarla encontraron una cueva. Todos entraron y allí estaba la princesa custodiada por un lobo malo, y al otro lado el baúl lleno de monedas de oro.





Los Cerrillos, Córdoba - Jardín de Infantes "General Bartolomé Mitre" (5 años T.T.)

El gran sueño de Julio

Había una vez un pescador llamado Julio que se encontraba en el río Uruguay a horas muy tempranas de la mañana. Era un día de verano, Julio tenía mucho calor, no aguantaba, pero igual tenía que pescar para llevar alimento a su familia.

De tanto calor se desmayó sobre su canoa. Y soñó que estaba en las piedras del río junto a un yacaré; los dos estaban atrapados por las piedras, redes y ramas de los árboles. El pescador estaba muy asustado porque pensó que el yacaré le iba a comer.

El yacaré empezó a cortar las ramas con su enorme boca y se acercaba cada vez más a él. Julio se dio cuenta de que el yacaré había cortado casi todas las ramas y se refugió sosteniéndose sólo por una, cuando el yacaré casi lo atrapó.



Julio saltó desesperado al río, el yacaré lo siguió y consiguió atraparlo, mordiendo sus botas. El pescador pensando que el yacaré lo iba a comer, siguió tratando de nadar para escapar de él, hacia lo profundo del río hasta que se quedó sin fuerzas y se dejó llevar por la corriente. El yacaré logró alcanzarlo y morder una parte de su ropa para llevarlo hasta la costa y ponerlo a salvo.

El yacaré trató de reanimarlo moviendo su cuerpo con su cabeza, hasta que por fin el pescador reaccionó y se dio cuenta de que no quería comerlo sino salvarlo. El pescador le dijo:

- ¡Gracias por salvarme, eres un buen amigo! Pensé que me ibas a comer, creo que podemos pescar juntos; necesito conseguir pescado para mi familia, les prometí conseguir mucho.

El yacaré mordiendo suavemente su pantalón lo llevó al río y le mostró los lugares donde hay peces.

Julio muy agradecido lo acarició y le prometió que él lo iba a cuidar dentro del río, no iba a dejar que nadie lo atrapara ni a él ni a los demás yacarés.

Después de unos momentos Julio empezó a despertarse de su sueño, llegó otro pescador que desde su canoa pudo ver que algo le pasaba a su amigo Julio. Lo ayudó a levantarse tirando agua sobre su cara que juntó del río en un balde.

Julio se despertó.

- ¡Gracias Mariano por ayudarme! Estoy confundido y no entiendo lo que me pasó. Dijo Julio.

- Te desmayaste por el fuerte calor.

Te llevaré a la sombra de un árbol. Respondió Mariano.

- ¡Muchas gracias por ayudarme! Pero necesito volver al río a



pescar para mi familia, porque necesito llevar pescado para celebrar el cumpleaños de mi hijo Martín, el mayor.

-Bueno, pero yo te acompañaré y vamos a ir juntos en mi canoa. Respondió Mariano.

-¿Y mi amigo yacaré? ¿Dónde está? Hace un instante estábamos juntos y me salvó de no ahogarme, después de ponerme a salvo en la orilla me mostró los lugares donde podía conseguir peces. Dijo Julio.

-No Julio, no hay yacarés por acá, sólo fue un sueño creo que al desmayarte empezaste a soñar que viviste toda esa aventura. Dijo Mariano.

-Estoy muy confundido, no entiendo lo que pasó. Pero ya me siento mejor y tengo que ir a pescar. Respondió Julio.

-Vamos que ahí está mi canoa. Dijo Mariano.



-De acuerdo, pero quiero ir a los lugares que me mostró mi amigo yacaré, estoy seguro de que fue real. Dijo Julio.

Juntos fueron a esos lugares y pudieron pescar lo necesario para los dos.

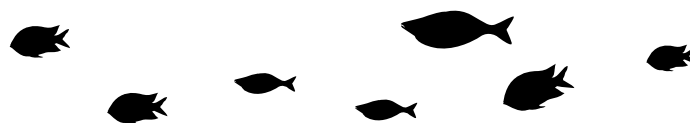
Julio pudo llevar a su casa una gran cantidad de pescados para su familia. Al llegar, su hijo mayor estaba muy contento, le pidió a su papá permiso para festejar su cumpleaños junto a sus amigos, ya que tenían gran cantidad de pescados para todos.

El padre respondió:

-Claro que sí, yo los cocinaré.

Desde ese día, con la historia que Julio les contó sobre los yacarés todos se dieron cuenta de lo importantes que son, y los protegieron en el río, sacando las redes que usan los pescadores donde suelen quedar atrapados.

Ahora por las mañanas a la salida del sol; Julio y su familia salen a caminar por la costa del río Uruguay y hablan con los pescadores para cuidar juntos la vida de los yacarés.



La Cruz, Corrientes - E.J.I. Nº 48 (4 y 5 años T.M.)



Mar de pulpos



Era una mañana como cualquier otra en el fondo del mar; ipero un momento!, no era tan común esa mañana. Cuando el caballito del mar, Hipo, despertó, miró para un lado y no vio a nadie, miró para el otro lado y tampoco, miró para adelante y atrás, pero nada... el fondo del mar estaba completamente vacío. Todos sus amigos y vecinos habían desaparecido. ¡Qué gran misterio!

Al principio Hipo se sintió muy asustado, desesperado y lloró. Pero luego



comprendió que tenía una gran misión, saber qué estaba pasando.

Se colocó su sombrero de detective, tomó su gran lupa y comenzó a buscar pistas.

A poco tiempo de recorrer el fondo del mar, encontró unas huellas muy misteriosas como si ocho serpientes de mar se arrastraran por el suelo... ¿qué será?, pensó Hipo. Siguió nadando y una nube espesa y oscura apareció delante de él. No podía ver nada, prendió su linterna y a lo lejos pudo percibir una pequeña luz. Era la entrada de una cueva

tenebrosa, alumbrada apenas por bengalas de algún barco hundido.

Apenas entró en esa caverna tan oscura, comenzó a escuchar voces y llantos. Eran todos los animales del mar. Estaba la ballena enorme, la pequeña estrella de mar, todos los pececitos de colores, los cangrejos, las tortugas y hasta los feroces tiburones, encerrados en jaulas custodiadas por pulpos de todos los tamaños y colores.

En el centro de las jaulas había una gran montaña, y en la cima, el pulpo más grande y más feo, el rey de los pulpos, él había secuestrado a todos los animales, ¿saben por qué? El rey de los pulpos había construido una máquina de rayos láser, con la que convertiría a todos los animales del mar en pulpos para que fueran sus sirvientes y lo obedecieran sin decir ni mu.



Hipo decidió esperar al mejor momento para liberar a sus amigos, especialmente a Catalina, la tortuga marina, que era su mejor amiga. Con Catalina eran amigos desde muy pequeños cuando sus familias se habían mudado al mismo arrecife.

Cuando llegó la noche, todos se fueron a descansar y fue el momento adecuado para abrir todas las jaulas y liberar uno por uno a los habitantes del fondo del mar.

Cuando Hipo liberó a Catalina, decidieron que debían destruir la máquina de rayos láser, para que el rey de los pulpos no pudiera transformar más animalitos y hacerlos sus sirvientes.

Muy despacio se acercaron al rey que estaba descansando con la máquina en sus ocho brazos, uno por uno fueron moviendo los brazos y en lugar de la máquina colocaron un florero. Salieron nadando a toda velocidad, pero frente a la guarida del pulpo rey estaban todos sus secuaces, que se habían despertado, dispuestos a dar pelea.

Catalina sabía que esos pulpos eran animales del mar transformados por el rayo y no debían hacerles daño.

Justo en ese momento se dieron cuenta de que la máquina tenía un botón para invertir los efectos y volver los animales a la normalidad.

Así lo hicieron, cada animal volvió a ser como antes. Pero no podían dejar todo esto así. Llamaron a la policía del mar para que arrestara al pulpo rey. Finalmente lo llevaron a la cárcel para que no pudiera hacer más cosas malas.

El fondo del mar volvió a ser tranquilo. E Hipo y Catalina, los mejores amigos.



Prímaⁿível
Príma^rio





Leodrago

Dragonoso



Las aventuras del leodrago y el dragonoso



Había una vez un leodrago que vivía en un bosque de caramelos y se encontró con su compañero dragonoso. Leodrago tenía cabeza de león y cola de dragón, dragonoso tenía cabeza de dragón y cola de oso.

En este bosque los árboles eran caramelizados y sus habitantes eran raras mitades de animales, que hablaban en dragonadio.

Dragonoso iba volando y se cayó a un pozo y casi se ahoga. Pero como en el bosque todos trabajaban, estudiaban y se ayudaban mucho, sus amigos corrieron a salvarlo porque escucharon iayuuudaaa!

Para celebrar hicieron una gran fiesta con tortas de caramelos, y recordaron que son felices porque respetan sus diferencias.



Río Cuarto, Córdoba - Escuela "21 de julio" (1º grado "A")

El extraño mundo de Wákulum

Esa mañana amaneció lluviosa. Sara estaba en su sillón de tela gris con su típico café humeante, pensativa, triste y con gran pesar. Los días habían transcurrido lentamente, aún no creía poder superar la pérdida de su gran amigo de juegos, de aventuras, de travesuras... Pero ese día se sentía un tanto peculiar, escuchaba voces movimientos y casi sin darse cuenta, miró por la ventana, adornada con unas cortinas color cobre con detalles de lunares púrpura. En el vidrio aparecieron letras desordenadas, sin sentido. Se contuvo unos instantes y luego, más calmada, decidió anotar las confusas letras en el diario íntimo que le había obsequiado Marina, su tía favorita.

Las leía de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante, intentando descifrar el significado. Cuando la lluvia se detuvo, el clima se tornó un poco más cálido y Sara salió a despejar su mente de esa rara situación que acaba de experimentar. Caminó sin rumbo en busca de respuestas, tropezó con una piedra y al caer vio en un charco las mismas letras que estaban en el vidrio: “Wákulum”

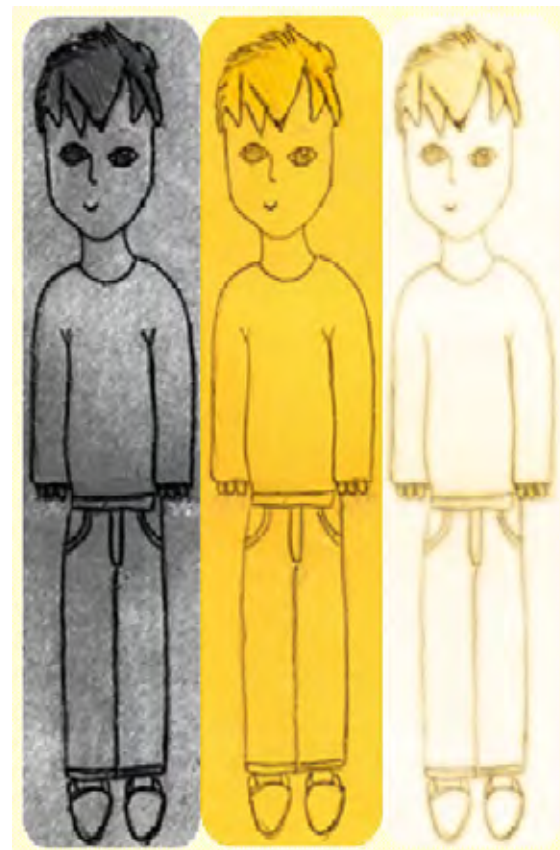
Por un instante, quedó paralizada pensando y se preguntó: ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué era “Wákulum”? ¿O debía decir quién era...? Y de ser así, ¿por qué estaba allí? ¿Era todo producto de su imaginación o era real?

Entre las nubes, los tibios rayos de sol comenzaron a asomarse y al mismo tiempo, una extraña silueta, una sombra desconocida de gran tamaño, de cabellos alborotados y desprolijos... Por un instante quedó petrificada mirándola.

Sin comprender lo que sucedía, regresó a su casa y comenzó a pensar sobre lo que había visto. Su corazón latía cada vez más rápido y decidió ir a refrescarse la cara. Se dirigió al baño, abrió la canilla y echó un poco de agua sobre su rostro. Cuando miró hacia arriba, en el reflejo del espejo, apareció de nuevo aquella extraña figura... definitivamente era algo raro y que no conocía.

Se dio vuelta y la silueta ya no estaba, comenzó a buscarla desesperadamente. Corrió por la casa, buscó debajo de la mesa de la cocina, dentro del armario de la habitación, fue a buscar una linterna y bajó a buscar a la sombra al sótano, llamándola “Wákulum”. Pensaba que tal vez aquellas letras que extrañamente se le aparecían podían ser un nombre...

A lo lejos escuchó algunos pasos y decidió seguirlos. Llegó hasta “ESE” lugar, el favorito, el preferido, ese que le producía tanta nostalgia: “LA CASA DEL ÁRBOL”. Había sido construida por toda la familia, y cada uno dejó en ella algo muy preciado y significativo, como una manera de estar siempre presentes allí.



Subió la escalera de sogas, un poco viejas y gastadas, y escuchó risas divertidas. Apuró el paso, pero antes de entrar, sintió temor y se detuvo. Sin embargo esas voces le eran muy familiares...

Decidió entrar, y grande fue su sorpresa cuando vio que en el interior estaban sentados, sobre unos cajones añejos de color marrón, Wákulum y su amigo Tomás que llevaba puesta su gorra favorita de tinte rojo.

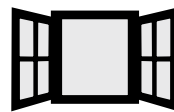
En ese momento, comenzó a recordar que él siempre hablaba con alguien que lo acompañaba en los momentos difíciles, aunque Sara nunca había logrado verlo.

Se acercó muy despacio y se unió a ese grupo alegre, recordando los momentos más bellos y tristes a la vez.

En un segundo de lucidez, su mente alborotada le permitió regresar a la realidad y darse cuenta de que todo era producto de su imaginación. Angustiada y desconsolada, recordó el tiempo compartido, tantas cosas vividas... Por eso Tomás y su amistad eran tan importantes para ella.

Estaba cansada. Volvió a su habitación, esta vez para recostarse un rato. Miró a su alrededor buscando una manta, y percibió que una leve sonrisa y un guiño provenían de la foto de su gran amigo de juegos, de aventuras, de travesuras... Wákulum cobraba un nuevo sentido ahora...

Entonces comprendió que era momento de iniciar una nueva aventura, la de crecer.



San Rafael, Mendoza - Escuela "Pedro Molina" (7º grado)

El regreso de la bruja



Se llamaba Amanda y su historia comienza así:

Era la séptima hija mujer del matrimonio Pérez que vivía en un pueblo llamado La Cruz.

Era una niña muy especial porque a los pocos días de su nacimiento su madre, Marta, pudo percibir que no era como las demás porque, al pasar el tiempo, la niña se volvió extraña, tímida y muy bella. Vivía aislada. Solamente salía de su habitación para comer e ir a la escuela. No tenía amigos y con sus hermanas solamente compartía las noches de Halloween. Eso parecía ser lo único que la animaba: salir de su casa y asustar a las personas con su traje de bruja y su escoba.

A los 18 años sufrió una transformación: su pelo creció, su nariz se volvió puntiaguda. Se convirtió en una bruja y su deseo se hizo realidad, volaba sin parar. Se hizo amiga inseparable de su escoba y le dijo a su madre que ella solo tenía un sueño: gritarle al mundo que era una bruja, tomar su escoba y recorrer el mundo, reír muy fuerte y asustar a la gente. En pocas palabras, ser feliz.

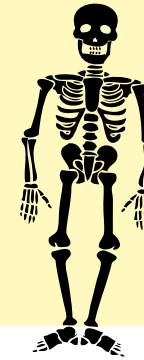
En ese lugar en donde ella creía ser feliz, si una bruja era descubierta era mal vista y condenada a muerte. La primera noche de Halloween se transformó. Se sentía libre, volaba sin parar hasta que varios vecinos la oyeron gritar de forma escandalosa; la apuntaban ¡¿Era una bruja real!?. ¡Sí! Gritó ella muy animada, de inmediato fue condenada.

¡Esa bruja debe morir! Gritaban los vecinos. Amanda, muy triste, decidió volver a su hogar, pero ya era muy tarde. Esa misma noche sus vecinos la lincharon como un animal, luego fue colgada y quemada viva.

Los vecinos cuentan que aún hoy siguen escuchando los gritos de Amanda y en la noche de Halloween ya nadie sale de sus hogares cuando el reloj marca las doce, porque Amanda visita el pueblo.



La puerta secreta



Esta historia transcurre en el salón de 7° de la escuela de magos, debajo de la Argentina, (en un sótano bajo la tierra). Estaban cuatro amigos y compañeros de la escuela: Sebastián (era el más genio del grupo), Agustín (el más rudo y desinteresado), Eliseo (el más tímido), Diego (el de ojos verdes) y Ángel (el chismoso).

Un día ellos pasaron frente a una puerta roja que tenía un dibujo de un dragón, les pareció muy extraña esa puerta, porque por la noche se movía sola y decían que se escuchaba un dragón que rugía muy fuerte. Entonces Agustín dijo pensemos un plan... Luego organizaron entrar un día a ese lugar, empezaron a preparar lo que iban a llevar: Sebastián, la mochila; Eliseo, dos botellas de agua; Agustín, cuatro sándwiches y uno más por si necesitaban y Diego, cuatro linternas. Decidieron ir a la tardecita cuando casi el sol se ocultaba, porque en ese momento había pocos docentes; Ángel como era el chismoso los escuchó y se propuso ir también sin ser invitado.

Era de noche, salieron de la casa de Diego, para llegar a la escuela debían pasar por una casa antigua y embrujada, de día todo era normal, se cruzaba sin temor pero de noche sí, era tanto el miedo que corríamos velozmente al pasar por ahí, el único que vivía

en el lugar era el viejo Fredy, que si le pisabas el césped te corría con un palo, pasamos por la vereda más larga del mundo, estábamos por llegar a la mitad cuando se escuchó un grito horrible: era de Ángel que estaba muy asustado y gritaba desesperado. Más adelante, comenzó a haber neblina muy densa, eso ocasionó que Ángel no viera y cayera al césped; el anciano lo vio, salió con un palo gritando imi césped! Los chicos lo escucharon y corrieron a 160 km por hora. Ángel, asustado, se escondió dentro de un tronco, seco por el pasar de los años, y vio que Fredy se había ido. Así logró alcanzar a sus compañeros, después de unos minutos caminando, ya llegando a la escuela, los docentes a punto de marcharse; solo quedaba la directora por cerrar la escuela, pero Sebastián tiró una piedra al auto e hizo que sonara la alarma entonces la directora fue a ver y dejó la puerta abierta, esto permitió que los chicos pudieran entrar.

En el interior de la escuela, se asustaron mucho al ver que el pasillo estaba muy oscuro, caminaban despacio porque el piso crujía. Iban directo hacia la puerta secreta, se asombraron al ver que ésta se abrió sola y se escuchó el gemido de un dragón, Eliseo se acercó y tocó la puerta y el dibujo del dragón cayó, Agustín lo levantó y leyó lo que decía atrás, era lo siguiente: quien venza al dragón rojo tendrá un poder ilimitado. Los chicos querían conseguir ese poder para subir a la superficie y salvar la vida humana, así que entraron y vieron un sótano. Decepcionados se quisieron ir, pero la puerta se cerró



fuerte, querían salir pero no podían, Sebastián vio que el sótano se partió como vidrio y de pronto estaban en la edad de los castillos, asombrados gritaron ¡Waaau! La tierra empezó a temblar y los chicos se agacharon cerrando los ojos. De pronto el temblor paró, ellos empezaron a sentir que volaban, pero en realidad la tierra estaba flotando, comenzaron a saltar hasta llegar al otro lado, siguieron caminando pero Agustín temía a las alturas aunque seguía saltando.

Ángel llegó a la escuela y le avisó a la directora que los chicos estaban adentro, la directora enojada fue corriendo y empezaron a buscar con Ángel a sus compañeros, mientras tanto ellos seguían caminando y se encontraron con esqueletos con armadura que parecían caballeros, Sebastián tocó el esqueleto y su espada, Eliseo y Diego saltaron del susto, él se movió junto con los otros esqueletos, estos le dijeron que el dragón los quemó y quedaron así, pero de pronto vieron



algo rojo que se acercaba y en realidad era el dragón que empezó a rugir y lanzar fuego. Los esqueletos empezaron a atacarlos, pero se quebraban fácilmente; los chicos asustados se escondieron, los esqueletos les dijeron que activen su poder, ellos pensaron que tal vez no funcionaría pero estos le repitieron que lo hicieran para lograr dormirlos 30 años; los chicos aceptaron y empezaron a activar diciendo: ¡Actívate poder! Y largaron una esfera que los durmió. Los chicos se trasladaron al frente de la escuela, viendo

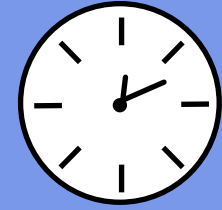
que estaban todos los alumnos menos ellos, entonces la directora los llamó, Ángel los buscaba y buscaba, sin lograr hallarlos, fue a la puerta secreta y dijo: ¡miré acá están! La directora abrió la puerta y no vieron nada, solo el sótano. Entonces la directora enojada con Ángel lo castigó por dos semanas, los chicos felices con esta aventura decidieron volver a planear otra espectacular historia.

Y colorín colorado en la próxima visita les cuento otro.



Santa Sylvina, Chaco - E.P. N° 1013 "Mstro. C. F. Bravo" (7° grado "A")

Un piano, un viaje y una escuela



Hace muchos años en un pueblo lejano y olvidado, una niña se levantó muy temprano, se puso el guardapolvo y se dirigió feliz a su primer día de clases. Era un día martes de un mes de junio de mil novecientos y tantos. La humilde escuela abría sus puertas y con ello los sueños y esperanzas para albergar a un puñado de chicos, los hijos de braseros del barrio más pobre de aquel lugar. Nadie imaginaba lo que sucedería a cabo de cincuenta años...

Las agujas del reloj no se detienen, nunca.

En Las Breñas, las mañanas de junio son agradables y frescas. En el dos mil diecisiete, un grupo de amigos, estudiantes del último año de la escuela primaria 751, embarcados en el proyecto escolar “La historia de mi escuela” comenzaron a indagar con el anhelo de conocer el pasado de su escuela. Entrevistaron a ex directores, docentes que trabajaron en la escuela, vecinos que siempre vivieron allí, pero ninguno de ellos les pudo dar toda la información





que necesitaban. Sólo un viejo portero les contó que algunas personas comentaban que hubo quienes manifestaban que pudieron viajar al pasado. Él suponía que pudo haber sido cierto, por todo lo que contaban, pero que esto se mantuvo en secreto porque personas de todo el mundo vendrían a averiguar cómo lo habrían hecho. También les dijo que el lugar para emprender el viaje al pasado estaría en la sala de música.

Al día siguiente, los cinco estudiantes, que eran amigos desde primer grado, cuando salieron de la escuela, permanecieron en la biblioteca. Cuando el bibliotecario se distrajo, ingresaron por la puerta que da al interior de la escuela. Allí encontraron al viejo portero que los esperaba oculto en un pasillo. Él les entregó las llaves de la sala de Música y desapareció misteriosamente.

Los cinco amigos entraron a esa sala y comenzaron a buscar algo que les diera un indicio de lo que buscaban. El piano sin que lo tocaran empezó a sonar. Se escuchó una vieja melodía. Sorprendidos, se acercaron al viejo instrumento. Entonces, abrieron la tapa del piano. Notaron que en las teclas aparecieron letras y números. Allí encontraron una nota que decía; “sólo escribe el año y el lugar al que quieres viajar”. Escribieron: 1967 - Escuela N° 213 - Las Breñas.

En ese momento, comenzaron a sentir un temblor y a notar que todo a su alrededor se iluminó con los colores del arcoíris, hasta que una fuerza desconocida los succionó hacia el interior del piano. Giraron mil veces hasta que todo se detuvo.

Al final del viaje, los esperaba un gran yagareté que decía ser más veloz que el tiempo. El yagareté les preguntó a los cinco amigos: -¿Qué hacen en este lugar? Los niños le contestaron que querían conocer el pasado de su escuela. El gran felino con gruesa y ronca voz les dijo -Para eso deberán resolver el siguiente acertijo: “Si estoy sentado

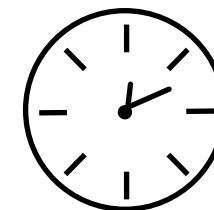
delante de una mesa y sobre esta se posan diez moscas y doy un manotazo que mata a tres moscas, ¿cuántas moscas quedarán?- Uno de los chicos respondió apresuradamente -siete. Como era una respuesta incorrecta el yaguareté les dijo que podían tener una nueva oportunidad, pero no deberían fallar porque quedarían atrapados en el portal. Les dio la oportunidad de visitar a la sabia tortuga del tiempo.

Cuando los chicos estaban frente a la tortuga les llamó la atención su carácter pacífico y los colores de su caparazón. La tortuga, inteligentemente les dijo: “Nunca debemos actuar apresuradamente, antes de hablar hay que pensar y, sobre todo, hay que saber escuchar”. Asimismo les dijo que la respuesta estaba en el mismo acertijo. Los chicos le agradecieron por su ayuda, y regresaron con el yaguareté.

Entusiasmados respondieron, esta vez, correctamente. Al instante, se abrió un gran portal del tiempo. Mientras se desvanecía su imagen, el guardián les advirtió, con una voz susurrante, que tenían sesenta minutos antes de que el portal desapareciera.

Una vez que llegaron al año mil novecientos sesenta y siete, aparecieron el once de junio a las siete y media de la mañana en un salón oscuro con herramientas y en ese instante, afortunadamente alguien abrió la puerta y les dijo -los estaba esperando. Rápidamente, se dieron cuenta por el aspecto y la cicatriz en su cara que era el portero. Los llevó a recorrer la escuela que en ese momento llevaba el número 213, y les contó el porqué de los preparativos que allí había: ese día por primera vez asistirían al establecimiento los niños hijos de braseros, niños muy humildes que no tenían la posibilidad de ingresar a las demás escuelas a la mitad del año. Les contó, que esto era un sueño hecho realidad para quienes lograron con mucho esfuerzo su creación.

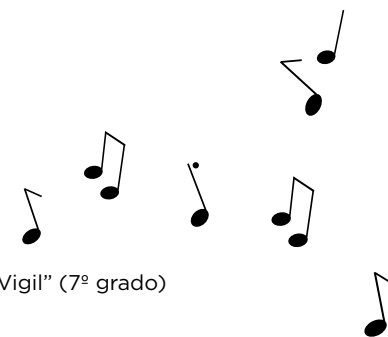
Aquel grupo de amigos quedó asombrado al ver las caritas felices de los niños que llegaban con sus padres.



Participaron del acto de inauguración; las palabras del director emocionaron a todos y, a ellos también. Estaban tan concentrados que se olvidaron por un momento del tiempo. Se dieron cuenta de que eran la ocho y veinte. Empezaron a desesperarse y a buscar ayuda. Sólo el portero podía indicarles el camino para volver a su época. En ese instante, por una razón extraña, el portero no estaba en ningún lugar. Los chicos preguntaron exasperadamente dónde quedaba la casa del portero. Corrieron las dos cuerdas hasta llegar a su casa. En ese breve recorrido, les sorprendió ver que todo era distinto, les llamó la atención que había pocas casas y en el lugar de “su” escuela setecientos cincuenta y uno, había una represa grande. Cuando llegaron a la casa del portero ya eran las ocho y veinticinco, ya no quedaba más tiempo. El sonido de las melodías del piano los invitó a pasar y allí estaba el misterioso hombre esperándolos sentado junto al piano y les dijo: - ¡¡Entren rápido!!!, desde este momento pongo en sus manos esta llave, y con ella la responsabilidad de su resguardo”.

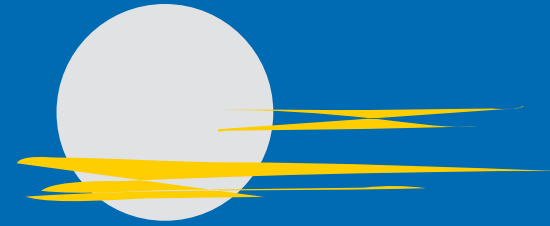


En fracción de segundos, volvieron a su época. Los chicos fascinados por lo ocurrido y con la llave en sus manos salieron de la sala de música y en el pasillo los estaba esperando el anciano. Con una voz entrecortada y débil les dio las últimas indicaciones: “dentro de cincuenta años, volverán a este lugar y escucharán las melodías del piano y con la llave abrirán el portal. En esa fecha, a la misma hora otros niños vivirán su misma experiencia para que la historia de la escuela setecientos cincuenta y uno permanezca viva por los tiempos de los tiempos”.



Las Breñas, Chaco - E.E.P. N° 751 “Fray Mamerto Esquiú”. Biblioteca “Vigil” (7º grado)

La máquina de Juancho



Había una vez un pequeño inventor que se llamaba Juancho, tenía 12 años y vivía en Humahuaca. No tenía hermanos y sus padres trabajaban en una panadería, no estaban mucho tiempo en casa y la mayoría de las veces estaba solo.

Mientras sus padres estaban ausentes, él se tomaba su tiempo y se dedicaba a una máquina, pero no a cualquier máquina, era una que lo hacía viajar en el tiempo. Como él siempre había querido viajar a muchos lugares, pero sus papás no tenían mucho dinero, decidió armarla.

Siempre soñó con viajar a la luna y ese sueño se le cumplió.

Cuando terminó su máquina, preparó sus cosas y puso su destino. Primero viajó a México, comió bastantes cosas, si comía una más explotaba. Cuando regresó a su casa sus padres todavía no estaban, pero como ya era de noche sabía que enseguida volverían. Decidió bañarse, prepararse alguna comida, y mientras mirar televisión. Mientras miraba tele tuvo un sueño tan lindo.

Soñó que viajaba a la luna, se hacía muchos amigos y conocía todos los planetas aparte del planeta en dónde vivía. Cuando estaba en la luna se hizo tres nuevos amigos

Pedro, Pelu y Penar ellos eran hermanos extraterrestres, cuando los vio por primera vez pensó que lo iban a rechazar, que no lo iban a querer pero...ino fue así!

Cuando vieron a Juancho fueron directamente hacia él, le preguntaron varias cosas y le mostraron el lugar. Él pensaba que la luna era de queso porque había leído varias revistas, cuando terminaron de recorrer la luna, estaban por ir a conocer Marte, pero justo cuando estaba por subir a la nave, su mamá lo despertó.

Fue a su cama e intentó dormir nuevamente pero no pudo. Se quedó despierto toda la noche y al otro día tuvo que ir a la escuela. Cuando amaneció se bañó, se cambió, desayunó y fue a esperar el bus. Cuando por fin llegó a su colegio se encontró con sus mejores amigos Raúl y César, les contó lo que había soñado, ellos le dijeron que eso no podía suceder de verdad, pero lo que ellos todavía no sabían era que él había inventado una máquina del tiempo, pero pronto se iban a enterar porque tenían que juntarse en la casa de Juancho a hacer un trabajo de Inglés.

Saliendo del colegio fueron a la casa de su amigo, cuando llegaron comieron algo y se pusieron a hacer el trabajo. Terminaron el trabajo y Juancho mostró a sus amigos lo que había construido, quedaron muy impresionados y le preguntaron si podían ir a algún lugar muy lindo, ese lugar era ¡La luna! Mientras estaban ahí le empezaron a pasar las cosas que había soñado, pero tuvieron que regresar porque ya era tarde. Desde aquella vez, cada día viajaban a un lugar diferente.





Salsipuedes



Cuenta una leyenda que hace mucho tiempo, en un pueblito perdido en las sierras chicas de Córdoba, los habitantes vivían tranquilos y felices con la naturaleza y los animales del lugar.



Cierta noche la luna brillaba en el cielo, todos estaban tranquilos, los niños jugaban antes de dormir y los adultos conversaban y reían.



¡De pronto! Todo quedó a oscuras y en el cielo apareció una luz brillante.

Todos se sorprendieron de lo que estaban viendo, corrieron afuera a ver qué pasaba y se encontraron en medio de un gran bosque. Quedaron paralizados en la oscuridad total hasta el amanecer.

Asustados, comenzaron a correr en dirección a las sierras, querían escapar, pero no encontraban la salida. Corrían para un lado, caminaban para el otro y siempre volvían al mismo lugar.



Con los primeros rayos de sol, las personas observaron que el bosque que los acorralaba estaba lleno de animales extraños: peludos con cabezas de cisnes, sapos con alas de mariposas y ñandúes con cabezas de gatos monteses.

Comenzaron a caminar y se encontraron con que las plantas eran carnívoras.

Entonces se dieron cuenta de que no se podían acercar; todas las plantas eran raras y de diferentes colores.



Se dice que nadie logró escapar del lugar. La luz los visita cada luna llena. Los habitantes fueron desapareciendo poco a poco devorados por las plantas carnívoras y los animales de aquel extraño lugar.

Es por esto que a este pequeño pueblo se lo llamó Sal-sipuedes.

Cuenta la historia que los turistas que visitan aquel bosque no se animan a entrar por temor a aquella luz.

De tanto caminar y caminar encontraron una cueva y creyeron que era la salida. Pero de pronto, todo comenzó a temblar y poco a poco se derrumbó.

Lograron volver hacia el bosque. Pasaron muchos años tratando de buscar una salida que nunca encontraron.



Jovita, Córdoba - Escuela "Otilia Fernández de Tovagliari"

El intruso



Era el año 10.000 AC. La hambruna reinaba en la aldea. El intenso frío no permitía que creciera planta alguna.

Los mamuts se desplazaban en busca de alimento y detrás de ellos íbamos creyéndonos protegidos del peligro.

Cuando llegábamos a un lugar templado, dividíamos las tareas para aliviar los trabajos y ayudarnos entre todos. Pero esta es la historia de un hombre al que no le gustaba colaborar, al contrario, prefería lo fácil, lo ajeno, lo del otro.

Cierto día, apenas había asomado el sol, este hombre logró descifrar en las pinturas de una cueva que, si seguía el mapa señalado en la roca, llegaría hasta “Epacuén”, la ciudad bajo el agua. La extraña inscripción señalaba que una vez dentro de ella, las necesidades serían satisfechas y ya nunca más se necesitaría algo.

Marcos, este hombre aventurero, nos convenció de emprender la marcha hacia el destino señalado. Nada pudimos hacer para negarnos. Dejamos atrás la protección que llevábamos en el antiguo camino.

El mapa indicaba cruzar el laberinto detrás de las montañas. Lo que no nos habíamos imaginado era lo que encontraríamos allí.

Emprendimos el viaje apenas dejó de caer una fuerte tormenta de nieve. El frío nos atravesaba la piel.

Recorrimos la mitad de las montañas y un ruido fuertísimo aturdió nuestros oídos. El miedo entró a nuestros cuerpos y comenzamos a pensar que era nuestro fin. En ese momento el sonido volvió a llegar... pero esta vez... se sintió muy cerca. Tomamos las armas que nos protegían y nos organizamos para enfrentar el peligro.

Cuando nos fuimos acercando no nos dimos cuenta de que la montaña comenzó a levantarse. Nuestros ojos no podían creer lo que veían. La transpiración nos corría por el cuerpo, la voz temblorosa reflejaba el miedo ante la bestia. El gigante gritó varias veces. Nos aturdió, nos daba terror. En ese momento nos arrepentimos de participar del viaje.

Los gritos del gigante parecían de dolor, su mirada se veía triste y esperanzada. Poco a poco, fuimos acercándonos al ver que no nos atacaba, más bien parecía alegrarse de la compañía. Aun así, no dejaba de gritar.



De repente, vimos una flecha incrustada en un costado del gigante. Se veía dolorido por el objeto que invadía parte de su largo cuerpo.

Nos juntamos entre todos. Decidimos ayudarlo a extraerla. Tiramos fuerte y al tercer intento salió la flecha, que era de punta de piedra pulida. Al parecer, el dolor se alivió y el gigante se tranquilizó. Comenzamos a comunicarnos por señas ya que él sólo se comunicaba con gemidos.

En un momento, Marcos tomó la flecha y se la guardó entre sus ropas. El gigante parecía advertirnos que no, pero Marcos dijo que podría servir para defensa propia en el viaje.

Luego, llegó la hora de seguir camino y completar el laberinto. El gigante nos señaló el camino más corto, pero parecía como que quería decirnos algo más. En un momento quedó atrás y ya no lo volvimos a ver.

Después de mucho andar, por fin logramos ver el agua. Epacuén estaba cerca, nuestras penurias acabarían pronto.

Poco a poco, nos acercamos a la ciudad. Nuestros pasos se aceleraban. Marcos, el aventurero, el soñador, fue el primero en ingresar al agua. Se sumergió y al rato, desesperadamente movió sus brazos. Parecía tratar de no ahogarse, pero fue inútil. El aire no le alcanzó o alguna fuerza extraña lo atrapó. Y ante la mirada de los que lo acompañábamos... desapareció.

Después del asombro, vino el miedo y luego la tristeza, por la pérdida de Marcos. Decidimos no entrar a la ciudad y volver con las manos vacías. Era mejor trabajar y darnos las cosas con sacrificio que buscar lo fácil o lo mágico o poner en riesgo la vida.

En esta cueva hemos pintado la experiencia al ir a Epacuén.



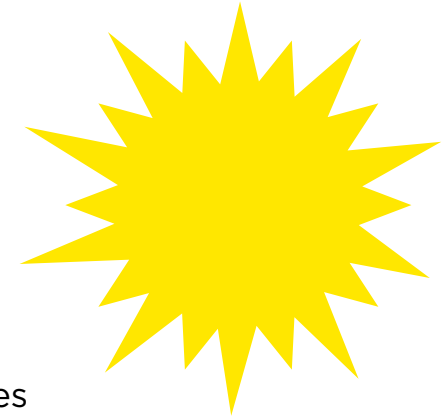
San Martín, Mendoza - Escuela N° 1-165 "Neuquén" (7º grado)

Había una vez un rey que vivía en País-Rebe cuyas calles eran de bombón. En ese país había muchos dioses, algunos buenos y otros malos. Y uno de ellos, el dios de la madera, era malvado y no le gustaba que la gente le hablara, y a cada persona que le hablaba lo convertiría en un horrible sapo.

El rey estaba muy preocupado, tanto, que reunió a todos los dioses buenos, entre los que estaba la diosa Victoria, la más bonita y a la cual le gustaba charlar mucho.

Los reunió para solucionar juntos el problema con el dios de la madera, para volverlo bueno y que viera lo lindo que era charlar con los demás.

Fueron todos a su casa para convencerlo, pero el dios no quiso salir; entonces la diosa entró por la puerta de atrás y sin saber que éste era tan malvado se acercó a él para invitarlo a conversar. El dios se enfureció y quiso convertirla también en sapo, pero su fuerza no era suficiente, y la convirtió en ombú, una planta que tenía riquísimos frutos, cuando el dios los comió, le dieron ganas de charlar y charlar, y salió a hablar con todos los dioses y con el rey.



Así nacieron el sol y la luna



Desde ese día, el dios de la madera se volvió feliz y charlatán, y todos los días regó esa planta a la que llamó “MI VICTORIA CHARLATANA”, porque sus frutos parecían darle la charla dulce de la diosa Victoria.

Años más tarde, el dios de la madera se convirtió en el sol y la diosa Victoria de planta se convirtió en la luna, y juntos le dan luz al día y a la noche, mientras charlan y charlan en el cielo.

nivél
Secundario



Leyenda de Marcos Juárez



Cuenta la leyenda que hace muchos años, en el sudeste de Córdoba, un niño de un grupo aborígen llamado Marcos Juárez y un tal Timoteo Gordillo se cruzaron entre los espinillos, los dos estaban asustados porque venían de culturas totalmente distintas, el aborígen quiso atacarlo pero se dio cuenta de que solo era un niño indefenso que estaba jugando.

Se saludaron, se conocieron y se pusieron a jugar juntos.

Todos los días se encontraban para jugar en ese mismo lugar lleno de espinillos.

Cuando fueron más grandes decidieron hacer un viaje juntos recorriendo la Argentina. Vivieron miles de aventuras disfrutando y pasándola bien todos los años.

Al volver, pasó el tiempo y Marcos tuvo una gran enfermedad que era incurable. Timoteo pasó cada minuto a su lado, acompañándolo.

Marcos falleció muy pobre y con poca compañía. Timoteo decidió fundar, en ese lugar en el cual había pasado toda su vida, una ciudad en memoria de él para siempre recordarlo y que perdure por siempre en el recuerdo de todos.

Marcos Juárez, Córdoba - Escuela "María Inmaculada" (3º año)



INUNDADOS DE AMOR



Hacía mucho frío en aquel invierno de 1983, era de madrugada y se acercaba una de las inundaciones más grandes de la historia de La Cruz. Se escuchaba el bramido de las aguas que envolvían, chocaban y roían las paredes de los ranchos. Aquel mar de agua colorada traía consigo yararás, sapos, ranas e insectos de todo tipo, lo que despertaba el temor de aquellos orilleros del Río Uruguay. La luna estaba llena, tan llena como el corazón de angustias, porque la familia Rodríguez sabía lo que se avecinaba...otra vez volver a empezar... otra vez perderlo todo...

En la oscuridad, unos ojitos brillaban y parecían no darse cuenta de tamaña calamidad... esos ojitos eran los de Anastasia, quien atrapada en sus sueños tejía historias de amor con el hijo de don Cornaló, el patrón de su padre.

De niños... fue de niños que ellos se conocieron, ahí nomás en el campo, entre las vacas lecheras, los caballos y algún que otro animal que oficiaba de mascota. Pasaban juntos horas perdidas escondidos de los adultos, haciendo excursiones al monte para descubrir tesoros escondidos, trepando árboles y mirando los bichitos de luz al atardecer. La peonada los veía juntos y suspiraba, deseaba en silencio que ese amor no terminara.

Ya de adolescentes probaron la dulce miel de algunos besos robados y no tan robados. Sus miradas descubrieron el despertar del amor y algo más fuerte que al tiempo, los atrapó.

Don Rodríguez despertó a su mujer y a sus hijas al darse cuenta de que ya era la hora, el agua llegaba a sus tobillos y pronto tendrían que irse. Anastasia se despezó y tardó en entender a su padre que les decía - ¡Clotilde, niñas, despiértense! Tenemos que irnos pronto. No deja de llover y el agua está creciendo. El lamento del viento se unió con el suyo, pues junto a su casa perdería a su gran amor. Ese amor infantil que poblaba su alma.

Partieron esa madrugada. A pocos metros de alejarse de su ranchada, se dieron vuelta y miraron su hogar por última vez. El frío insoportable, la llovizna finita y el alma hecha pedazos, acompañaban a esta familia que se despedía de su pasado y de su historia, porque cada pedacito de su casa y de sus cosas eran su historia. Anastasia rezaba, tocaba con sus manitos las cuentas de un rosario viejo que su abuela le había regalado, pedía que todo pronto volviera a la normalidad, imploraba volver a ver a Ramón.

En el camino, se encontraron con don Cornaló, quien andaba con unos peones a caballo recorriendo su estancia. La cara del patrón reflejaba la gravedad del asunto, el ganado estaba en medio del agua y todo parecía derrumbarse. Iban a juntar un par más de hombres para salvar la animalada y para ayudar a los inundados a refugiarse en lugares más seguros. Don Rodríguez pensó en su familia y decidió seguir camino, ya no era seguro para ellos ese lugar, había que arriesgarse. Al ver en los ojos de este hombre la decisión de no dar marcha atrás, el jefe le sugirió seguir trabajando para él en una estancia situada a unos kilómetros, en Yapeyú. Y hacia allí partieron.





La adolescente pensó que vería a su amado, por eso sonrió contenta cuando vio que se acercaba el padre de Ramón, pero éste no estaba allí.

El tiempo pasó poco a poco, Anastasia terminó el secundario y siguió su vida. Trabajaba con su padre y ayudaba a su madre en los quehaceres del hogar. Había perdido sus sueños enredados en aquel rancho, había dejado de suspirar, se había entregado a caminar despacio, sin pausa y sin rumbo.

Nada supo de Ramón, sus ojos ya no brillaban.

Cuando no había más nada que esperar, un cúmulo de desgracias aconteció en su vida. La muerte del patrón, la de sus padres, la pérdida de todo lo conocido.

Sentada a orillas del río Uruguay, en Yapeyú, pensaba en su infancia y buscaba fuerzas para reconstruirse. Tenía que hacerse cargo de la estancia “Bienvenidos” ya que no había otra persona que lo hiciera, sabía que no iba a defraudar a su padre, que ella podía trabajar como lo habían hecho juntos los años anteriores.

Cuando iba a pararse para ir a su casa para prepararse para el desfile del 17 de Agosto, sintió que algo raro pasaba, los perros parecían inquietos, movían sus colas y ladraban como contándole algo... como anticipándole todo. Siguió caminando y se encontró con un joven que se acercaba y venía de su casa.

Su corazón comenzó a latir cuando se reconocieron, lágrimas de felicidad brotaron por su rostro pálido... no sabía si seguir caminando y abrazarlo o detenerse y observarlo.

Él se acercó, la tomó de su rostro y la besó. “Te estaba buscando”, le dijo y la tomó entre sus brazos.

Esa noche se hicieron uno y con el tiempo se multiplicaron.

Ramón había venido buscando al capataz de la estancia y se encontró con ella, con Anastasia, la niña de sus ojos, la que nunca había olvidado.

Quién iba a pensar que a orillas del mismo río el amor los iba a volver a encontrar.



La Cruz, Corrientes - Colegio Secundario “19 de abril” (4º 1º)



Los ojos de Lautaro

Más allá de todo lo que podría nombrarse acerca de Corrientes, sus fronteras, sus puentes, sus reservas y animales, más allá de lo obvio, hay un pueblito. Alvear, se llama. Está rodeado de dos ríos, el Uruguay, extraño, misterioso; y el Aguapey, serpenteante cuyas aguas parecen estar encantadas; probarlas significa estar condenados a volver una y otra vez a ese lugar a rendir honores a su caudal.

Generalmente, no suelen llegar muchos turistas, la gente se conoce entre sí, tienen tantas costumbres compartidas; diferencias también. Extraño y común. Pueblo que cambia, pero sigue igual. Sus árboles, sus calles, su seno fue el escenario de muchas historias; cada día pasa algo, aunque suene de fondo un “¡Acá nunca pasa nada!”

Pero se equivocan. Sí que pasa.

La costa del río Uruguay es frecuentada por diversas razones, por personas de diversas edades. Los espesos montes invitan al misterio, a internarse dentro de ellos. De noche las estrellas tienen un brillo especial, el sonido de las olas arrullan; es tentador, lo mires por donde lo mires. ¿Acaso eso no es suficiente para llamar la atención de un grupo de jóvenes?

Eran cinco jóvenes, al principio fueron seis, pero uno de ellos canceló a último momento. Salvo una leve decepción por la ausencia de un amigo, nadie lo cuestionó. Así que aquella tarde, pasadas las seis y media nuestros cinco jóvenes llegaron a las orillas del río. Desarmaron sus mochilas y entre bromas y risas, se repartieron las tareas, tres se fueron a buscar la leña para el fuego; mientras el resto armaba las carpas con los últimos rayos de sol.

La hoguera estuvo lista para cuando el sol se despedía sutilmente en el horizonte. Se sentaron en ronda, para verse las caras los unos a los otros.

Y empezaron a contar historias.

Franco, Florencia, Valeria, Nicolás y Caterina se turnaron para darle vida a esa noche de viernes; donde la luna brillaba alta y pálida en el cielo. Empezó Florencia, hablando peculiarmente de un personaje del pueblo.

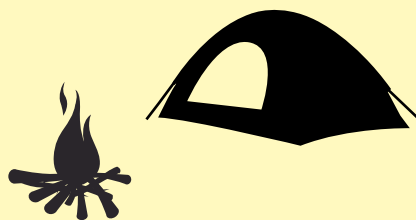
-Lo acusan de ser un lobizón -y se encogió de hombros. Anda siempre sucio y abandonado. Según dicen -recalcó- se revuelca en el estiércol de las gallinas. ¡Pobre Chelo!

-Yo no me imagino al pobre hombre convirtiéndose en ese bicho -dijo Nicolás, solo para molestar a Florencia.

-Narra algo mejor entonces. -lo desafió ella. Nicolás hizo una expresión prepotente.

-¿Se acuerdan de José? Ese hombre desamparado que siempre le daba de comer a las palomas en la iglesia. Al morir, fue sepultado de inmediato, el cuidador del cementerio encontró la tumba profanada al día siguiente, lo primero que pensó fue en el lobizón.

-Pero jamás se confirmó nada de eso -acotó Florencia. Nicolás se encogió de hombros.



-A mi papá casi lo lleva ese perro -dijo muy seria Caterina. Cuatro pares de ojos se volvieron hacia ella, a la espera de que siguiera-. Cuando era bebé, mi abuela lo dejó en la cuna dormido; se fue a bañar y al volver, vio al perro negro mirando detenidamente al bebé, estaba lleno de baba del bicho. Me dijo que encontró una botella la rompió apuntándole al perro, gritó el nombre de la persona que ella creía que era. Automáticamente el perro huyó.

Un escalofrío se produjo a lo largo de la ronda, las mujeres hicieron muecas y un silencio, únicamente interrumpido por las olas del río y los sonidos del monte. Aunque nadie lo dijo, la última anécdota no les había causado terror; sino más bien un

miedo que les calaba en lo profundo de sus mentes. Quizás porque fue la única historia que se fundamentaba sobre algo que consideraban real.

Pasado el susto, decidieron que era hora de cortar un poco con las historias. Llenaron de agua la pava y prepararon un mate; mientras preparaban una sabrosa comida y dejaban al lobizón fuera de la conversación. El pueblo seguía su curso.

En la casa, un hombre aparentaba tranquilidad, disimulando su preocupación por el hijo que se hallaba ausente esa noche. Consciente de que no podía estar controlando



todo el día al adolescente, prefirió no enviarle un mensaje. De modo que, con la taza de té en sus manos, se aproximó a la ventana; allí, su vista se desplazó hacia el cielo donde la luna llena y hermosa seguía brillando con la misma intensidad. Los recuerdos de una noche de hace dieciocho años giraron en su mente con tanta fuerza que sintió que lo estaba viviendo de nuevo.

Limonas. Su mujer solo había salido a buscar limonas en el patio de la casa. Nunca más volvió. El esposo había sentido desde el principio el mal presagio de la luna envuelta en negras nubes; pero pensando que podría ser solo su imaginación, no veía razón para detener a su mujer en su búsqueda de un par de limonas. Se ocupó del niño, de tan solo unos meses dormido en el catre, apacible e inocente. Sin embargo, habían pasado varios minutos y su mujer seguía sin aparecer.

Preocupado por la falta de su señora, que debía haber tardado unos minutos en ir y volver, el pobre hombre, desesperado, salió a buscarla y no la encontró. “Quizás ya entró”, pensó. Sin embargo, dentro de la casa no había rastro de ella. Intentando mantener la calma, entró en el cuarto del pequeño y se sorprendió al sentir un olor fétido, nada común al aroma de talco para bebés que usualmente impregnaba esa habitación. En el suelo, huellas distorsionadas se hallaban dispersas, imposible reconocer si eran de animal o de un ser humano. La ventana, abierta. La primera reacción del padre fue tomar a la criatura en sus brazos y llamar a la policía, comentarles la situación y esperar con impotencia.

La mujer desaparecida fue encontrada sin vida a los dos días de sucedido el hecho, a pocos kilómetros de la costa del río. El resultado de la autopsia indicaba que la muerte fue producto de las lesiones provocadas por un animal difícil de identificar.

Desde entonces, el padre lo protegió a Lautaro cuidadosamente, hasta que se dio cuenta de que no podía retenerlo por mucho tiempo bajo sus alas protectoras. Hubiese



deseado que esa noche decidiera hacer otra cosa y no irse a acampar en la costa del río.

Lo que el padre no sabía, es que Lautaro no se presentó jamás a dicho campamento.

En el río, calmo y natural, el grupo de amigos estaba buscando tema de conversación, guitarreando o mirando las estrellas. El lobizón o cualquier otro personaje regional habían quedado muy atrás en la conversación. Hablaban de planes, lo que harían una vez terminado el secundario, los caminos a seguir a partir de ahí. Visto desde afuera, esa noche parecía llena de vida, nadie podía predecir o sospechar que algo pudiera salir mal. Los sueños de cada uno de los jóvenes salían a borbotones de sus bocas. Hablando acerca de ser médicos, profesores, artistas reconocidos, o de hacer un viaje en moto por todo el país.

-Prométanme -dijo Valeria - que pase lo que pase, vamos a seguir juntos. A pesar del camino que tomemos. ¿Hecho?

Colocó su mano en el aire, con la palma hacia abajo y expectante, pasó lista a sus compañeros con la mirada. Franco fue el primero en sonreír con nostalgia y agregar su mano a la de Valeria.

-Hecho -miró a los tres restantes - Gente, la manito, vamos. Esto tiene que perdurar en nuestras memorias hasta que seamos viejos y no podamos caminar.

Un coro de risas lo acompañó, y tres manos más se sumaron al pacto. Se sonrieron entre sí, con gritos mezcla de locura y emoción, sabiendo que nadie los escuchaba, levantaron las manos al aire.

Fue justo en ese momento cuando la rama se quebró violentamente en el monte, aunque a ellos no les pareció violento en absoluto.

-Alguna lechuza, o un mono, no debe ser nada -tranquilizó Nicolás a los demás.

-Qué lástima que Lautaro no esté acá, le habría encantado la vista, las historias se lamentó Florencia.



-Podemos venir otro día con él -dijo Caterina.

Se quebró nuevamente un par de ramas, pero esta vez el sonido fue más cercano al campamento y provocó un escalofrío y un silencio abrupto en la charla. El mate quedó a medio cebar y nuevamente cruzaron miradas. Los dos muchachos tomaron unos palos, pidieron a las mujeres que se quedaran quietas en sus lugares, que tal vez no era nada, pero mejor prevenir que curar.

Cubriéndose las espaldas, Nicolás y Franco espionaron entre las ramas, pero no alcanzaron a ver nada. Florencia les alcanzó una linterna y alumbraron hacia los árboles, nada. Los sonidos extraños fueron en aumento provenientes de dos sitios distintos. Entonces el miedo se hizo presente.

-¿Qué es eso? -Valeria prestó oído al rumor de la noche y distinguió claramente un gruñido- Eso es un gruñido -susurró asustada.

-Quiero irme -protestó Florencia.

La camioneta estaba a unos metros, debían desarmar las cosas, guardar todo y así podrían irse. A pesar de que la idea estaba en mente de todos, no se les presentó la oportunidad.

Gruñidos, rumor de hojas, pasos y ramas quebradas. Un perro enorme, de tamaño imposible para un can normal, salió del monte. El pelaje erizado y los ojos rojos paralizaron a más de uno. Nicolás era el que estaba más cerca del perro cuando éste salió. Lo atacó y entre gritos y suplicas, lo tomó de la pierna con sus fauces y lo sacudió sin piedad en el aire. Nadie de los allí presentes pudo ayudarlo. Lo último que vieron es que el perro volvió a sacudirlo en el aire y con una fuerza sobrenatural, lo lanzó hacia el río.

Agazapados unos contra otros, aterrados, no sabían qué hacer exactamente. Alguien rompió en llanto y los nervios afloraron en más de uno. El perro parecía distraído y no los había visto aún. Un sollozo inocente hizo que el perro se volviera con brusquedad



hacia el grupo y gruñera. Un gruñido gutural, ni animal, ni humano. Como una bestia. Así sonaba.

La bestia arremetió contra ellos en una carrera que los habría llevado por delante, si no hubiese pasado lo que pasó. Otro perro, de menor tamaño que el primero, pero igual de imponente saltó sobre las cabezas de los cuatro amigos y como un escudo se mantuvo frente a ellos. Embotadas sus mentes como estaban, tardaron un poco en darse cuenta de que la criatura estaba intentando protegerlos del primer perro. Ambas bestias comenzaron una pelea con igualdad de fuerzas. Franco reaccionó primero y empujó a sus amigas para se fueran de allí lo antes posible. Nicolás se había ido con la corriente, ya tendrían tiempo de lamentarse, cuando pudieran conectar más de dos ideas juntas.

Llegaron a la camioneta con las cosas que tenían en sus manos, la llave, la guitarra y el mate. Las carpas, la fogata y sus pertenencias quedaron allí. Franco apuró a las chicas a subir, priorizando la seguridad de ellas, antes que la de él; mientras él se enfocaba en la gran pelea. Se trataba de dos masas oscuras y rápidas, gruñidos y aullidos. Antes de subirse a la camioneta, vislumbró algo que le dejó el corazón helado y sintió ganas de llorar. El perro más chico, que intento protegerlos, no tenía los ojos rojos como el otro perro. Tenía unos ojos que no pertenecían a ningún animal.

Sus ojos, eran humanos.

La mirada de la criatura persistió en la de Franco que interpretó esa mirada como una orden de desalojo si no querían salir heridos o peor, seguir el destino de Nicolás.

Franco condujo en la noche, apresurado y nervioso. Valeria tenía la vista perdida, Florencia temblaba de pies a cabeza y lloraba silenciosamente y Caterina sollozaba con las manos en la cara. Antes de dejar el espeso monte detrás, un claro aullido de dolor resonó en la noche.

-Esos no eran perros comunes. Esos eran lobizones.



-¿Entonces eran dos? ¿Dos lobizones? Jamás escuché una historia parecida, siempre había uno -dijo el niño de doce años.

-¿Qué pasó luego, abuelo? -preguntó la niña de trece.

El anciano cerró sus ojos un momento recordando todo aquello que vivió y los abrió nuevamente. Soltando un suspiro, retomó la historia.

-Fuimos al puesto policial pero nadie nos creyó, como era de esperar. Jamás encontraron el cuerpo de Nicolás, pero sí los signos visibles de una lucha de titanes.

-¿Y los perros?

-No los encontraron, la leyenda dice que al amanecer, el lobizón vuelve a ser hombre. Encontraron un cuerpo, el de Lautaro, desnudo y malherido al costado del río.

El abuelo volvió a quedarse en silencio. Habían pasado muchos años desde aquella noche, tantos años que ya no valía la pena contarlos. Había crecido, había tenido que superar aquel trauma, aceptar que perdió a dos amigos y seguir adelante. Se casó, tuvo hijos y luego sus hijos le dieron nietos. Jamás había hablado de la historia completa con nadie, ni siquiera con su mujer. Sus nietos se quedaron esperando por más y un atisbo de sonrisa pareció formarse en sus labios debido a la curiosidad de esos niños.

-Valeria, Florencia y Caterina se fueron del pueblo. Fui el único que se quedó en Alvear. Y allí se termina la historia, niños. Vayan a jugar, vamos.

Apoyándose en su bastón se dirigió al patio de la casa y recordó una vez más aquellos ojos. Los ojos humanos del perro que los cuidó y que dió la vida por ellos.

Los ojos de Lautaro.

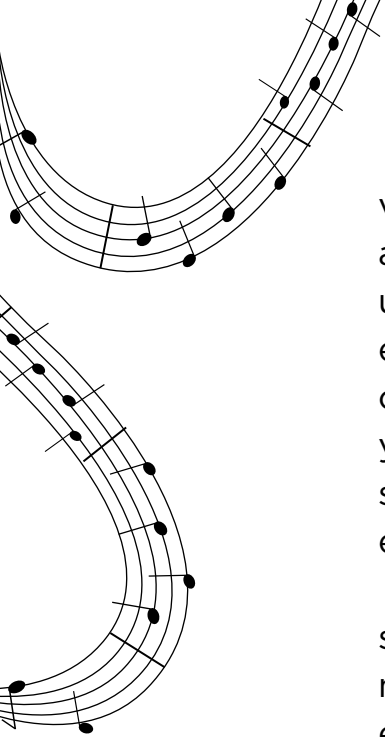




LA MELODÍA DE LA SOLEDAD

Axel escuchó algo que lo paralizó. Después de unos segundos se puso de pie y fue justamente en ese momento cuando se dio cuenta de que las palomas que lo rodeaban no volaban, a pesar de que aquella voz fuerte y penetrante retumbaba en la vieja y vacía estación. Dudó unos segundos si ese dulce canto que lo atrapó era el mismo que había escuchado a través de una pared, hacía diez años atrás. Pensó, dudó. Recordó aquel rostro y esa figura que ya no se encontraba con él y tanta falta le hacía. Miró hacia todos lados, nervioso, mientras trataba de afirmarse a sí mismo que ese canto provenía de aquella persona, pero para su sorpresa tan solo se encontraba él con sus pensamientos.

Esa potente, pero a la vez suave melodía le despertó el enorme deseo de ingresar a la estación abandonada. Temeroso, tomó la arriesgada decisión de ingresar en la primera de las tantas puertas que divisó desde el enorme andén. La sala era vieja y gigantesca, corroída por el paso del tiempo y el abandono. La canción seguía resonando en el lugar en el que hasta hacía unos instantes reinaba el más profundo silencio. No pudo evitar que su mente lo transportara a varios años atrás, cuando por primera vez presenció una de las fuertes discusiones de sus padres, discusiones que desde ese momento se



volvieron parte de su rutina. Esa fue la primera vez que se sintió tan solo. En su cabeza aparecieron las imágenes de su madre llorando y gritando mientras que su padre con una cerveza en la mano y casi sin estabilidad reclamaba algo que él por su temprana edad no alcanzaba a entender. Ese día, todo terminó con la botella rota contra la pared cerca de su madre quien con los ojos llenos de lágrimas no pudo decir nada. Realmente, y a pesar de ser un niño, se dio cuenta de que estaba en soledad. Hubiera querido que su mamá lo alzara y le explicara que todo iba a estar bien, pero eso no sucedió porque ella había preferido salir de la cocina detrás de su marido, dejándolo solo.

El sonido de aquella melodía que continuaba escuchándose lejana hizo que dejara sus recuerdos atrás y volviera de repente a su confuso presente. Fue entonces en ese momento en el que pensó atemorizado si debía seguir avanzando o salir corriendo de ese lugar, pero oyó que precisamente en ese instante la voz de la canción decía “sigue adelante, sin miedo” y su interior le indicó que escuchara aquella canción con atención, como lo hacía cuando era niño.

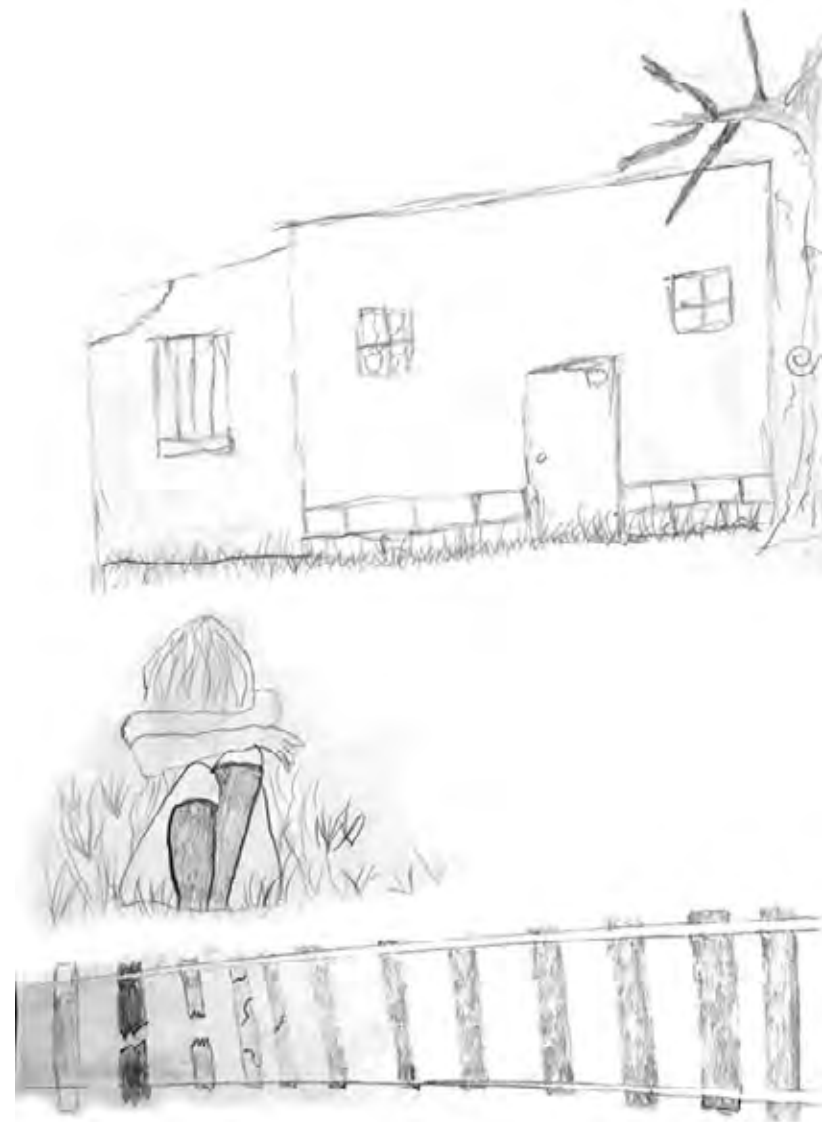
La segunda habitación no estaba mejor de aspecto que la anterior. Se sentó sobre unos escombros arrumbados y allí evocó aquel momento en que, por primera vez, percibió esa canción. Aquel episodio había sucedido en otra de las disputas familiares, en donde la situación había empeorado. Su padre había llegado de noche, ebrio como de costumbre. Axel intentó decir algo pero recibió un fuerte empujón y la discusión se dio con su madre; se peleaban por él y por el perrito, pero había algo más que él no comprendía. Quiso decir algo pero la respuesta fue un fuerte grito de su mamá ordenándole que se fuera a su cuarto.

Otra vez solo, solo sin su único compañero al que ni siquiera alcanzó a ponerle nombre. Entró en su habitación y se acostó en su cama, acurrucado contra la pared. En ese momento Delfina, la vecina quien para todos en el barrio era un tanto extraña, misterio-



sa, de quién era preferible “cuidarse” estaba cantado la canción que le cantaba a su pequeño hijo para que pudiera dormir, la misma canción que Axel escuchaba ahora en la estación. Él sentía que era la persona más sola del mundo, sin embargo Delfina también lo estaba. Esa noche acurrucado en la cama, Axel pudo sumergirse en esa melodía tranquilizadora y olvidar la discusión de sus padres. Esa voz era su refugio, su contención, que lo envolvía en un abrazo amplio y caluroso. Un gorrión pasó muy cerca de él haciendo que regresara a la realidad.

Otra puerta delante de él, otra habitación, otra vez la duda pero también otra vez la decisión de seguir. La tercera habitación, su tercer regreso al pasado, fue cuando su padre se marchó de la casa. Luego de mucho tiempo de peleas, sin que él supiera el verdadero motivo, su padre llegó aquella vez más temprano que lo habitual, y sorprendentemente, con total lucidez. Ese día era el cumpleaños de Axel, pero su madre no había salido de la habi-





tación en toda la tarde, estaba llorando. La soledad invadía cada momento de su vida; sin embargo, la llegada de su padre temprano hizo que se pusiera contento. En su inocencia, pensó que su padre había vuelto por su cumpleaños. No fue así. Al entrar y verlo, preguntó por su madre, se dirigió hacia la habitación y como no podía ser de otra manera comenzaron los gritos y empujones. Su padre, enfurecido, le gritó a su madre que todo era su culpa, de ella y del niño, que su embarazo tan joven, su decisión de tener ese hijo, y los problemas que se podrían haber evitado. Axel corrió hasta su habitación y al igual que las veces anteriores, intentó escuchar a su vecina para serenarse. Pero esta vez no pudo ya que de pronto oyó a su mamá decir entre lágrimas “no te vayas, por favor, no nos dejes”. Salió de la habitación y entró en la cocina, pero solo alcanzó a ver la puerta cerrarse con mucha fuerza, dando un terrible golpe.

Esa fue la última vez que vio a su padre. Su madre se encerró en su habitación y no salió de ahí hasta pasados unos días; otra vez la soledad se hacía presente en la vida de Axel. Sintió hambre y no tuvo más remedio que pedirle ayuda a Delfina. Ella lo tuvo en su casa y le dio de comer pero no era lo mismo, él necesitaba a su mamá. Delfina con su dulzura lo contuvo, era buena mujer y estaba sola al igual que él; a Axel le hubiese gustado quedarse más tiempo pero su madre llegó exaltada y se lo llevó prohibiéndole que volviera a entrar a la casa de “esa loca”.

Una ventana se golpeó y Axel dio un salto, no podía creer lo que estaba viviendo, frente a él otra puerta, otra habitación y seguramente otro recuerdo de su infancia tormentosa. Otra vez la duda, otra vez la hermosa melodía de fondo y una vez más el profundo deseo de continuar.

Cuando llegó a la cuarta sala, estaba tan solo como su madre cuando entró en depresión. En su cuarto recuerdo apareció su madre días después de que su padre la dejara, se veía demacrada y con pocas ganas de vivir. Los días pasaron y lo único que esa triste

y solitaria mujer hizo fue encerrarse en su habitación sin importarle cómo se sentía Axel; la única persona que se preocupaba por él era Delfina, quien lo veía caminar solitario y lo invitaba a su casa a jugar, con los juguetes que le había comprado a su hijo, o a tomar leche con chocolate. Su madre no tenía ni idea dónde se encontraba el niño hasta que un día lo vio caminar de la mano de la vecina. El único motivo por el cual se levantaría de su cama sería para ir a buscar a su hijo y prohibirle acercarse a “esa loca”. El niño no entendía por qué acusaban a Delfina de loca si ella en realidad era muy buena. Su madre le dijo que una persona que creía acunar a un hijo que no tenía y que caminaba con un changuito de bebé vacío por el barrio, no estaba en su sano juicio.

Un aroma de rosas proveniente de la habitación siguiente y la melodía que se acercaba no le permitieron dudar si entrar o no en la quinta sala. Una lágrima recorrió su cara y detrás de esta otra y así un llanto. Porque quizás éste era de todos el recuerdo más doloroso, la muerte de Delfina. Hacía más o menos cuatro años, había salido de la escuela hacia su barrio, como siempre cargando consigo las interminables burlas de sus compañeros, pero lo que vio lo dejó asombrado: todos los vecinos rodeaban la casa de Delfina, serios y preocupados. Se acercó a dos mujeres que hablaban y alcanzó a escuchar: “Pobre Delfina la mató la soledad”. Esa noche lloró demasiado, al otro día no fue a la escuela, su madre no se dio cuenta hasta el mediodía. Tampoco le importó. Desde ese momento se sintió más solo que nunca, solo y asustado. La voz de esa mujer resonaba en su cabeza “la mató la soledad”.

Casi sin darse cuenta tenía frente a él la presencia de la última habitación y la persistente melodía que seguía sonando pero ahora más cerca e intensa. Ingresó y recordó por qué estaba ahí, había salido de su casa porque quería estar solo, ocultarse, sin nadie que lo mirara, sin nadie que lo pudiera ver. En la escuela no le había ido nada bien y sus compañeros estaban más molestos que de costumbre. La estación le pareció un

lugar alejado, ese día era muy importante ya que se cumplían cuatro años de la muerte de Delfina. Recorrió la última habitación con la mirada, en esta la melodía se escuchaba muy fuerte y pensó que quizás su destino era el mismo que el de Delfina. Con sus manos se tapó la cara y presionó. Estaba parado bajo el dintel de la puerta, después de unos segundos dio dos o tres pasos hacia el costado, entró, se apoyó en la pared y se deslizó sobre ella.

No podía creer lo que había atravesado durante toda su vida ni que una persona resistiera tanta soledad, no se explicaba lo que había sucedido en esa estación. Extrañaba mucho a Delfina y pensó que al padre no lo extrañaba de esa forma. Lloró. Se cubrió el rostro con las rodillas, creyó que su cabeza iba a explotar. La canción seguía sonando y aunque era tierna ya no podía soportarla. Levantó la cabeza y solo pudo ver frente a él un muro, una pared ciega, pero nada que le diera un indicio del origen de la melodía que en ese momento lo aturdió. Se secó las lágrimas con el puño, se puso de pie con la intención de salir de ese lugar, aunque nunca supiera de donde habría salido la canción. Cuando Axel estaba a punto de salir de la habitación, la voz calló, el silencio se hizo presente. Con asombro, giró y se quedó inmóvil, lo que vio frente a él lo dejó sin aliento, en el muro cerrado divisó un cartel tallado a mano en la pared, casi borroso que decía “NO ESTÁS SOLO, ALGUIEN TE AMA”.



Una más

Transpiración, nervios, nudo en la garganta, dolor emocional, angustia y odio. Más tarde vendrá el llanto desconsolado, las ganas de excretar la suciedad interna y externa que la envuelve, el miedo a que esas manos la toquen de nuevo, a que los monstruos ingresen otra vez por aquella puerta.

Paola despierta todos los días en un cuarto que solo tiene de especial una pequeña ventana tapada con tablas de madera que dejan pasar un pequeño rayo de sol; esa ventana representa su única esperanza para escapar de ese infierno: eso mantiene su ojo brillando día tras día. Se lava la cara y se mira al espejo, no ve a Paola, ve a otra chica. Recuerda a esa nena tan feliz, a sus padres, a sus amigos, a ese día en el que dejó su casa con la promesa de conseguir trabajo y salir adelante. Pero la realidad la golpea nuevamente: está encerrada entre cuatro paredes, vista como un pedazo de carne.

Las sensaciones de siempre regresan al mismo tiempo que vuelven los cuerpos que se le posan encima, cual mosca a la carne. Un hombre entra, otro se va, con descansos de escasa duración, para beber agua y poco más.

Una más



Una cara vista frecuentemente la visita, esta vez el sujeto observa, con la poca luz que hay, a lo que alguna vez fue una mujer, ve su cuerpo maltrecho, lleno de moretones, quemaduras de cigarrillo, pinchazos de jeringa. Le pregunta a Paola si está bien, ella, tiesa, no dice una palabra ni mueve un músculo. Ante esta situación, el tipo le susurra al oído una promesa de ayuda y se va.

Al día siguiente, otro monstruo, viejo, con mucho vello en el pecho que le baja hasta la panza, una panza fofa que no conoce el jabón, ingresa a ese oprimente lugar y se dispone a abusar de Paola. Ante el rechazo, el hombre senil decide quejarse con el dueño del lugar, y a los pocos minutos, llegan los golpes y las drogas.

Vuelve esa cara conocida, dispuesto a ir contra todo, pero le es negado el privilegio de estar con ella, por ello, lo intentan persuadir para ir con otras mujeres, el hombre, furioso, corre a su salvación, pero al entrar se encuentra con lo peor: un cuerpo sin vida con evidentes signos de sobredosis.

General San Martín, La Pampa – Escuela “José Manuel Estrada” (5º año)



La tragedia de Dmitry Vólkov



“Silencio” fue la primera palabra que aprendieron los mellizos Vólkov. No llorar, no reír, no gritar. Por este motivo la casa siempre permanecía en calma. Sus primeros años allí fueron muy duros para Alexandr y Elena Vólkov. No podían jugar, ya que eso implicaba hacer ruido, y el ruido en su casa estaba prohibido. Con el pasar de los años, los hermanos lograron acostumbrarse a la regla impuesta por su padre, Dmitry Vólkov.

Era un hombre alto de aproximadamente un metro noventa, tenía el cabello rubio, de apenas algunos centímetros de largo, lo que era una costumbre para él después de dos décadas en el ejército. Su espalda ancha y brazos fuertes, acompañados de una grave voz, generaban temor en la mayor parte de la población del pequeño pueblo en el que vivían, mas los ojos celestes que adornaban su rostro transmitían una indescriptible paz.

La casa, en la que vivían los mellizos desde su nacimiento, era demasiado grande para tan solo tres personas. Contaba con seis habitaciones ubicadas de forma consecutiva. Estaban todas igualmente decoradas con un pequeño retrato de los niños y su madre quien había muerto años atrás debido a un grave cáncer de pulmón, situado junto a la cama de dos plazas, cubierta de un edredón de seda tan blanco como las paredes de

toda la casa. Al costado izquierdo de cada cama se encontraba ubicado un gran armario de madera de nogal oscuro a juego con la cama.

Para llegar a las habitaciones, había que atravesar el living y caminar por un extenso pasillo en el que éstas se encontraban. En él había nueve puertas, la primera a la derecha, siempre permanecía bajo llave ya que tras ella se encontraba el “cuarto de armas”, lugar en el que el general Vólkov guardaba toda su colección de armas, municiones y diversas bombas. Las tres puertas siguientes daban a las habitaciones, Elena dormía en la tercera. En el medio de las habitaciones, tras una puerta de madera de roble, se encontraba un inmenso baño. A continuación, estaban las otras tres habitaciones. La última puerta a la izquierda era la de la oficina del general, allí guardaba todas sus medallas de honor, trofeos y placas de reconocimiento en una enorme vitrina, junto a la cual estaba situado un gran escritorio que detrás tenía dos grandes estanterías con libros de diversos colores y tamaños.

Cualquiera que entrara a la casa diría que estaba decorada con el propósito de asemejarse al aspecto de los mellizos. Alexandr tenía el cabello corto al igual que su padre, con la única diferencia que el suyo era tan negro como los sillones de cuero que se encontraban en el living, sus ojos eran verdes y su piel casi tan blanca como las paredes. Su hermana, quince centímetros más baja que él, que medía un metro ochenta y cinco, tenía el pelo igual de oscuro de su hermano pero a ella le llegaba a la cintura, sus ojos eran celestes al igual que los de su padre.

Todas las noches, los tres Vólkov, después de cenar se juntaban a leer en el living. Pero las últimas semanas, Alexandr había estado faltando a la reunión. Su hermana estaba notablemente preocupada por él, pero había decidido no decirle nada a su padre. La noche del 24 de octubre de 1939, el chico no salió de su dormitorio ni siquiera para cenar. Su padre estaba enojado pues ya se había dado cuenta de lo que ocurría, pero su



hija le dijo que estaba enfermo y por eso se quedaba en su cuarto.

Después de las dos horas de lectura rutinaria, Elena se dirigió a su habitación, pero antes de llegar diviso la puerta de la oficina abierta, lo que le resulto sumamente extraño. Caminó silenciosamente por el pasillo, aun con su libro entre las manos. Al llegar a la puerta, vio a su hermano con una Steyr M1912 apuntado a su frente. Un escalofrío recorrió su espalda y su boca se secó. El libro que antes tenía entre las manos terminó en el suelo, haciendo un ruido seco, lo que hizo que Alexandr mirara a su hermana a los ojos.

La cara de la chica reflejaba miedo y sorpresa, la cara del chico en cambio, reflejaba dolor y sus ojos dejaban a la vista que había estado llorando por un largo rato. Elena, desesperada, le pidió que bajara el arma, a lo que Alexandr respondió “es para que no sufras”, y disparó.

Dmitry al oír el disparo, corrió hasta la oficina, en ella encontró el cuerpo de su hija, con un agujero de bala en donde debería encontrarse su ojo derecho, tirado sobre la alfombra -que antes era blanca- llena de sangre. Su hijo tenía la mirada perdida y el arma sobre la sien, el general quiso acercarse



a él, pero antes de que pudiera dar un paso toda su familia había desaparecido, se oyó el sonido de otro disparo y, acto seguido, el de un cuerpo caer sobre el suelo.

Luego de que la policía sacara ambos cadáveres de la casa, Vólkov revisó el lugar y encontró, entre los papeles del escritorio una carta, perfectamente doblada, aparentemente escrita por su hijo. En ella decía que Alexandr estaba citado para ir a la guerra y lo esperaban ansiosos, pero el chico nunca fue amante de la violencia, motivo por el cual nunca tuvo una buena relación con su padre. Anexada a la carta de citación se encontraba otra, pero escrita a puño y letra, en ella el chico explicaba que no podría soportar ir a un lugar como ese y menos aún negarse a ir, ya que eso provocaría -según él- el odio de su padre. Decía también que debido a la gran unión que tenían con Elena había decidido asesinarla para que no sufriera por su suicidio.

Después de dos meses, intentando salir de una intensa depresión, Dmitry Vólkov siguió a sus hijos.



Mendoza - Escuela "Dr. Bernardo Houssay" (4º 2º año)

Último minuto

Ya pasó un año y todavía sigo acá, tirado en una cama de hospital, pensando qué será de la vida de los demás luego de que me vaya. El tiempo me pesa, todo pasa muy lento, mis ideas no están del todo claras aunque mis esperanzas de mejorar siguen intactas. Sin embargo, tengo una sensación de estar acercándome al final de algo.

Quisiera volver el tiempo atrás y recuperar los momentos en los que era feliz y no lo sabía. Seguir con mi trabajo, continuar siendo emprendedor, independiente y no necesitar de la ayuda de los demás. Siempre fui el sostén de mi familia, el que estaba disponible para todos, y ahora estoy acá, contrariamente, dependiendo de ellos, deseando que las cosas puedan cambiar. Quizás sean los vestigios profundos de alguna mínima esperanza. Pero parece que todo inicio tiene un final, la vida no sucede siempre como uno espera y a veces nos pega...

Intento testarudamente ser optimista y me digo a mí mismo que debo seguir, que un tropezón no es caída y todavía creo que mi enfermedad se puede curar, porque las estrellas no brillan sin oscuridad, porque quizás es un golpe más, y todo lo malo tiene sus cosas buenas. Impongo en mis pensamientos deseos de vida y esperanza que luchen

contra las circunstancias físicas que me dejan postrado en esta camilla. Pienso que mi familia representa las estrellas, que brillan, que laten y me llaman desde la oscuridad que es esta dura circunstancia.

Sin embargo, hay momentos en que mis fuerzas flaquean, ya no consigo convencerme ni engañarme a mí mismo y me siento abatido. Entonces me pregunto: ¿podré lidiar con este dolor? ¿cuánto más aguantaré este sufrimiento? Mi enfermedad no me tiene piedad, sentirme insuficiente se ha vuelto parte de mi rutina, ya no puedo valerme por mí mismo sin la ayuda de los demás. A veces los escucho hablar a mi alrededor en la habitación, los oigo lejanos aunque logro comprender lo que dicen. Sufren por mí y por ellos. Ya no puedo hablar, no tengo fuerzas y quisiera decirles tantas cosas... Ellos continúan firmes como soldados en medio de una batalla, haciendo hasta lo imposible para que me recupere, cegados por mi dolor, padeciendo junto a mí.

Las ilusiones de una recuperación favorable se van desvaneciendo poco a poco. Lo sé por lo que dice el médico, por lo que comenta mi familia. Creen que no oigo. Sin embargo no sólo los escucho sino que también lo empiezo a sentir en mi cuerpo. ¿Y si esta enfermedad me sigue jugando en contra? La muerte es una posibilidad firme que avanza con mayor seguridad. ¿Qué va a ser mi familia? Probablemente me llorarán y extrañarán, vivirán con mi recuerdo presente. El mundo seguirá siendo mundo. La rueda continuará girando para todos. Sin embargo, hay una pregunta que acapara todos mis pensamientos y no me deja descansar: ¿Qué va a ser de mí después de mi muerte? ¿A dónde iré? ¿O aquí termina la historia? ¿Era este mi paso por el mundo? Tantas preguntas sin respuestas rondan por mi mente y me carcomen la cabeza. Acepto la inminencia de la muerte como parte de la vida, como un momento de mi propia vida.

Todo comenzó hace treinta años atrás, cuando de joven quise empezar a trabajar manipulando agroquímicos. El trabajo no era el más aconsejable, lo sé, pero en esa época

"LA MUERTE"
¿EL FINAL O EL COMIENZO?



necesitaba dinero, ser independiente económicamente. Un fin de semana mi padre me pidió ayuda para trabajar en el campo; había distintas tareas para realizar y yo elegí la fumigación, porque daban mejor paga. Allí comencé; me contrataron enseguida, quizás, porque no había muchas personas dispuestas a manipular ese material. Yo, sin embargo, lo necesitaba.

Todo el dinero que recibía por trabajar con mi padre, lo gastaba en las salidas de fines de semana, hasta que conocí a mi compañera de vida -quién está conmigo hasta el día de hoy- y formamos nuestra familia. Años más tarde se transformó mi vida con la llegada de mi primer hijo, Ignacio; la felicidad plena no acabó ahí, ya que tiempo más tarde nació mi niña, Inés. Lamentablemente, se me hacen ya lejanos los recuerdos agradables con mis hijos. Tal vez no fueron muchos; demasiado trabajo consumía mi tiempo e impedía que pasara más momentos en mi casa, de los que llenan el alma y hacen que el día valga la pena.

Regreso a mi situación actual porque percibo un sentimiento imposible de evitar, siento que algo gigantesco está llegando, que el momento de mi muerte se acerca. Tengo miedo. Tristeza y ansiedad. Una duda irrumpe mis pensamientos y me pregunto una y otra vez... ¿Qué va a pasar ahora, cuando me muera? Me imagino flotando en el vacío, liviandad de sensaciones, pensamientos, sentimientos... ¿podré ver a mis seres queridos desde arriba sin materia sólida en mi ser, con una sensación etérea, mi cuerpo ligero siendo arrastrado por la brisa del aire pero sin embargo viendo padecer a los que me quieren, sabiendo que ya no podré tener más contacto con ellos? ¿Veré como crecen mis hijos sin su padre, como un espectador? Yo también sufriría al verlos, del mismo modo que ellos padecen al verme a mí ahora.

¿Acaso podré reencontrarme con aquellas personas que ya partieron? Se fueron, ya no están... ¿Dónde están? Cuando era niño en la iglesia me explicaban que las personas que morían iban al cielo, San Pedro los esperaba en las puertas de entrada y eran juzgados por sus actos en la tierra. ¿Iré al cielo o al infierno, o estaré revoloteando entre las nubes como un ángel? Ahora, en el momento de mi muerte, me permito desconfiar de una verdad absoluta como aquella

Las dudas y el miedo me invaden cada vez más ¿Seré una estrella en lo alto del firmamento? ¿Y si existe verdaderamente la reencarnación? ¿Acaso volveré a la vida en forma de ser humano o cómo un animal? Esa idea se instala y permanece en mis pensamientos, muchas veces en mi vida he oído hablar sobre la luz incandescente que aparece al final del túnel, ahora la veo reflejada apenas a lo lejos, siento que esta oscuridad es el útero de una madre que se está preparando para dar a luz a un nuevo ser. Siento que soy ese nuevo ser. De repente, alcanzo a divisar esa luminosidad que se presenta cada vez más cerca y nítida. Miro mis manos sorprendido porque sus rayos me atraviesan. Pero no siento nada, tampoco creo que esté moviéndome verdaderamente, es sólo una

visión de mi mente. La luz se aproxima muy rápidamente, tengo mucha intriga de lo que va a ocurrir... Todos mis instintos me arrojan a ese destino. Siento que ha llegado mi último momento, que se acerca el final ¡Quiero despedirme, tocar a mi familia, abrazarlos! Pero ya no puedo. De pronto, alcanzo a sentir un zumbido agudo, lejano, un sonido final de la máquina que me mantiene conectado y mi familia alborotándose en la habitación de hospital. Me dejo llevar hacia esa luz, me dirijo a la puerta, atravieso al umbral. Ya no tengo dudas. Me invade una sensación inexplicable.

Perseguidos

Todo comenzó en el verano del 2015, cuando mi amiga Bianca empezó a salir con Thiago, un chico de 19 años, alto, morocho, de ojos claros; en su mirada se podía percibir una vida llena de ausencias. Hasta ese momento éramos tres en el grupo: Isabella, Bianca y yo. Lo conocimos en la fiesta de Año Nuevo, él se acercó y sacó a bailar a Bianca, y desde entonces fueron inseparables.

Rápidamente Thiago empezó a formar parte de nuestro grupo, y todo empezó a cambiar. Bianca solía pasar mucho tiempo con él, y sus prioridades no eran las mismas. Siempre fue muy responsable, aplicada, y nunca tuvo malas notas, hasta que él llegó a su vida. Los pocos momentos que pasaba con nosotros se la notaba distante, distraída y paranoica. Tenía cambios de humor repentinos y solía decir que algo la perseguía, no sabía qué ni cómo, pero su presencia cada vez estaba más cerca.



Al principio con Isabella ignoramos sus comportamientos, pensamos que era una etapa, hasta que su paranoia se salió de control. Aún recuerdo el día en el que apareció en mi casa a mitad de la noche, se la veía cansada y demasiado pálida, el hermoso brillo de sus ojos se había esfumado y esa sonrisa que iluminaba nuestros días ya no estaba más. Todo había cambiado y lo supe en el momento que me dijo que algo la estaba persiguiendo, esa era la razón por la que había estado en mi casa. Sentía que algo desde la ventana de su habitación la observaba dispuesto a atacarla en cualquier momento, el miedo en sus ojos era realmente palpable.

La semana siguiente Bianca no asistió a la escuela, y eso nos pareció muy raro. Decidí ir a visitarla y me encontré con la puerta de la casa entreabierta, entré a su habitación y la encontré en un rincón muy asustada y pálida. Le pregunté si se sentía bien y me respondió un sí con un tono muy agresivo. Me acerqué a ella queriendo calmarla, pero fue inútil ya que comenzó a golpearme violentamente intentando alejarme antes de que la cosa me atrapara a mí. Decidí marcharme para que se quedara tranquila, pero la preocupación no salía de mi cabeza pensando en cómo podía ayudarla. Fui en busca de Isabella para contarle lo que había sucedido y así juntos tratar de encontrar una solución.

Hablé con Isa y le dije lo que Bianca me había dicho, que la cosa me iba a atrapar a mí. Ambos nos quedamos pensando sobre qué sería esa cosa y por qué me quería a mí. Llegamos a pensar que estaba teniendo sueños y visiones extrañas.

Unos pocos días después, Isabella pudo acercarse a Bianca y pasaban más tiempo juntas, pero ya sin mí. Isabella comenzó a adoptar las mismas actitudes y a decir que ya no podía dormir y que le daba miedo de que la atacara. Empecé a entrar en una desesperación inexplicable, mis dos mejores amigas ya no eran ellas. Un día me dispuse a estar con ellas y ver qué les sucedía, pero esa fue la última vez que estuve sin miedo, lo recuerdo muy bien, porque un par de días más tarde comencé a ver una sombra negra que generaba miedo frente a mi cama, pero a la vez me invitaba a seguirla. La seguí y cada minuto que pasaba me llevaba a un lugar más oscuro que el anterior; era terrorífico pero atrayente. Fuimos a un sitio muy oscuro, donde pude distinguir la voz de Isabella gritando mi nombre, reaccioné y ella desesperada me decía que Bianca estaba mal; me guió hasta ella y allí estaba tirada en el suelo. De inmediato llamé a una ambulancia tratando de calmarnos, ambos estábamos muy alterados.

Llegamos al hospital pero ya era muy tarde, la sonrisa del grupo ya no estaba con nosotros, pudimos ver a Thiago salir corriendo del hospital y desaparecer tras la puerta de entrada, pero algo más escalofriante fue ver salir a la espeluznante sombra del cuarto donde se encontraba el cuerpo de Bianca, y con rapidez dirigirse hacia Isabella. Ella empezó a gritar y a descontrolarse, los médicos intentaron tranquilizarla pero no pudieron, y por su seguridad la internaron.

Mientras esperaba para saber cómo estaba mi amiga, la gran mancha negra me devolvía a esos lugares oscuros, hasta que me di cuenta de que esa cosa provocó la muerte de Bianca, provocó que a Isabella la internaran y quería hacer lo mismo conmigo.

Meses después y con la ayuda de los médicos ella dejó de ver tan frecuentemente a la sombra, al igual que yo.

Bueno, creo que empecé sin presentarme correctamente: yo soy Benjamín, soy adicto a la cocaína y esta es mi historia.

Sin electricidad



Día 1

De repente, todo cambió...

Estaba volviendo del trabajo cuando el coche se paró sin motivo alguno. Traté de arrancarlo. No funcionaba. Era muy raro.

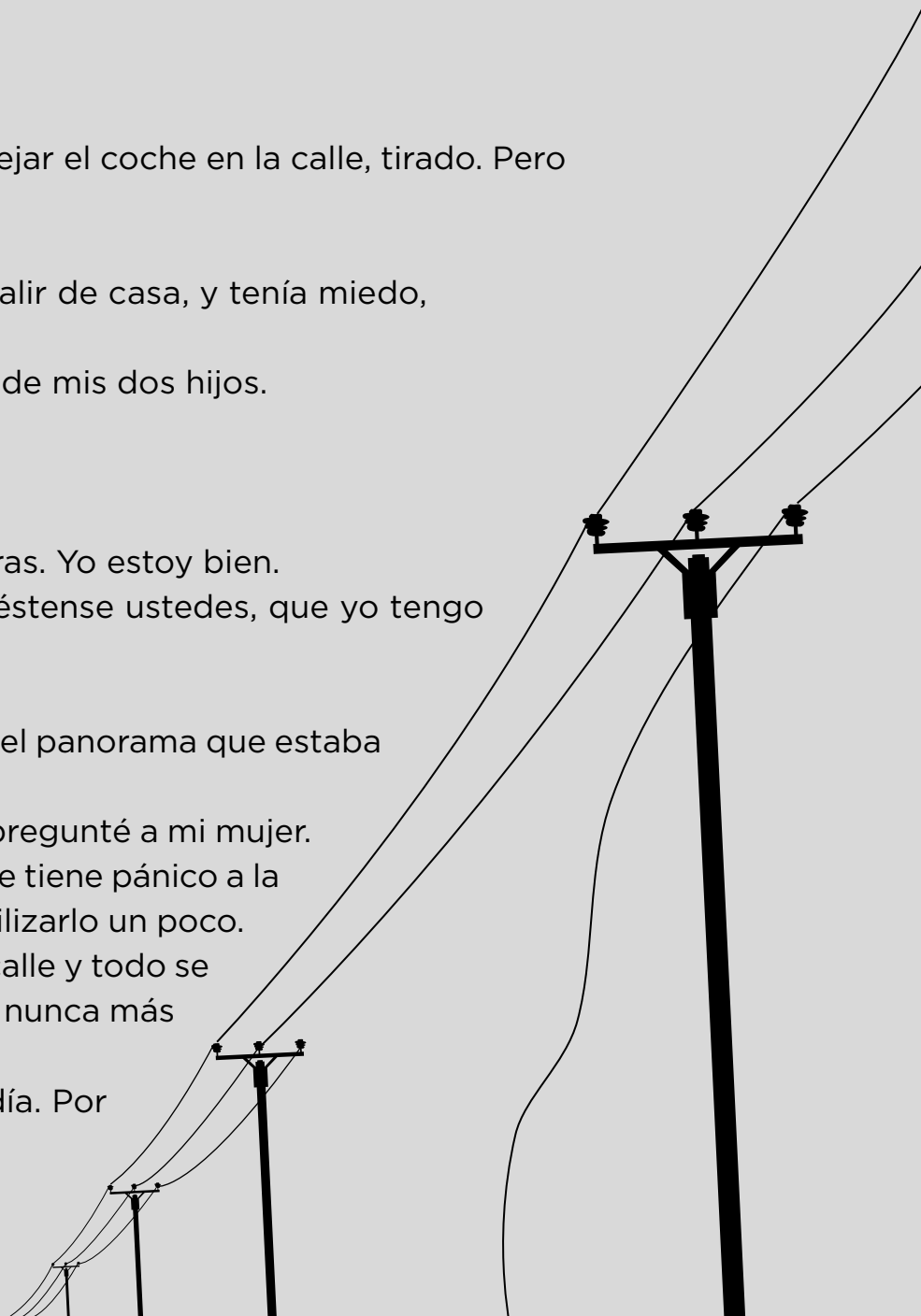
Miré a mi alrededor. Todo estaba apagándose poco a poco. Farolas, carteles luminosos de neón que te dejaban cegado, otros coches, casas... todo. Como si la luz se hubiera volatilizado o hubiera dejado de existir.

Decidí ir a casa; mi familia me estaba esperando allí.

El camino, a pesar de que me quedaran solo 500 metros, fue muy largo para mí. Los gritos desorientaban; la gente pedía ayuda desde un autobús en el que estaba encerrada. Intentaba distinguir siluetas con la luz de la luna, pero era imposible. Solo pensaba en mi mujer y en mis hijos, debían estar pasando miedo...

Finalmente, y a duras penas, llegué a casa. Llamé a la puerta. Nadie abrió. Lo único que quería en ese momento era que mi familia estuviera a salvo.

-¡Soy yo, ábranme! -grité.
Mi mujer abrió la puerta.
-¿Qué ha pasado? -me preguntó ella.
-No lo sé. Lo único que sé es que he tenido que dejar el coche en la calle, tirado. Pero estoy bien -Dije yo. -¿Los niños están bien?
-Solo están un poco asustados.
Me abrazó. Realmente no sabía si iba a volver a salir de casa, y tenía miedo, mucho miedo.
-Mamá, ¿ya ha llegado papá? -Dijo Luis, el mayor de mis dos hijos.
-Sí, ya estoy aquí -Respondí.
-¿Cómo estás? -Me preguntó.
-Estoy bien. ¿Cómo están Guille y vos?
-Guille está asustado, estaba deseando que vinieras. Yo estoy bien.
-Decile que se tranquilice, que yo ya volví. Y acuéstense ustedes, que yo tengo que hablar con tu madre.
Luis asintió y subió las escaleras.
Nos sentamos en la cocina, viendo por la ventana el panorama que estaba generando esta catástrofe.
-¿Qué ha ocurrido aquí cuando se fue la luz? -Le pregunté a mi mujer.
-Al principio, Guille se asustó un poco, ya sabes que tiene pánico a la oscuridad. Pero entre Luis y yo conseguimos tranquilizarlo un poco.
Cuando vimos que la luz también se había ido en la calle y todo se paraba, nos asustamos de verdad. Pensábamos que nunca más íbamos a verte -dijo entre lágrimas, abrazándome.
-Escúchame. Vamos a dormir. Mañana será otro día. Por favor, no te preocupes.



Asintió ella mientras se secaba las lágrimas.

Mientras subía por la escalera, noté un temblor, seguido de un estruendo.

-¿Qué ha sido eso? -Me preguntó ella.

-Seguro que no ha sido nada, no te preocupes.

Y así, fuimos a dormir. Bueno, al menos ella, yo me quedé pensando en qué podría haber originado todo esto, cómo ha podido pasar; puede haber algún corte de electricidad, pero el hecho de que los coches perdieran la carga de la batería no era normal. Lo que ha acontecido en las últimas horas es muy extraño, y no sé cómo acabaremos. No solo mi familia, sino todos.

Día 2



Desperté cuando estaba amaneciendo. Podría llegar a ser bonito si no fuera por el avión que... espera un momento... ¡Qué hacía un avión estrellado en la carretera!

Me vestí como pude y salí corriendo a ver el accidente.

-Cariño, ¿qué ocurre? -Dijo mi mujer, todavía medio dormida.

-Nada, mi amor, vuelvo en un momento.

Salí de la casa a la luz del alba y me dirigí donde estaba aquel gran aparato.

Cuando llegué, no podía creer lo que había ante mis ojos. ¿Qué hacía un avión en medio de la carretera, y que había dejado un enorme agujero en el asfalto?

Decidí marcharme. Allí no hacía nada, y en mí casa me necesitaban.

-¡Ayuda! -dijo alguien.

Por un momento me extrañé. Creía que era producto de mi imaginación, pero, de nuevo, oí la misma voz.

-¡Ayuda! ¡Socorro! ¡No quiero morir! -repitió la misma persona.

Decidido, marché hasta el lugar del accidente.

-¿Dónde estás? -Pregunté.

-Atascado en el avión, no puedo salir.

-¿Cómo estás?

-Me sangra la cabeza y me duele todo el cuerpo.

-No te preocupes, te ayudaré a salir.

Era una carretera solitaria, no había ni un alma a kilómetros a la redonda. Debía volver a la ciudad para pedir ayuda.

-Escúchame atentamente -le dije al hombre del avión -. Vuelvo en un momento.

Mientras voy a la ciudad, piensa en algo, por ejemplo, en tu carrera o recuerda lo que sabes, pero haz algo.

-Por cierto, ¿cómo te llamas? -Le dije ya a lo lejos.

-Carlos. Mi nombre es Carlos.

Corriendo, llegué a casa. Mi mujer estaba haciendo el desayuno.

-Hanan, necesito que cuides de Guille mientras yo voy con Luis a hacer una cosa -le dije a ella.

-¿Qué ha pasado?

-¿Recuerdas el ruido de ayer? Bueno, pues en las afueras hay un avión que se estrelló.

-¿Un qué? -replicó Luis, que había oído la conversación.

-Te lo explicaré por el camino -le dije a Luis-. Ahora necesito tu ayuda.

Mi hijo y yo salimos de casa, y nos dedicamos a llamar a todos los vecinos. Necesitábamos ayuda y mucha.

-Luis, ve tú a llamar a los bomberos y a los médicos que, aunque no puedan venir con la maquinaria pesada, podrán echarnos una mano -dije yo.



Mi hijo asintió y salió corriendo en dirección al centro de la ciudad.

Mientras él iba a realizar el recado, yo fui con un grupo numeroso de personas al lugar del siniestro.

-¿Dónde estás? -pregunté a Carlos.

-Sigo aquí. He hecho lo que me pediste.

-Bien. ¿Has conseguido localizarte en el avión?

-Más o menos estoy por la parte baja.

-¿A dónde ibas? -preguntó Alejandro, uno de los vecinos que me acompañó.

-Era un vuelo a Alvear, Corrientes. Estaba haciendo un viaje de empresa.

Al rato, llegó mi hijo con una cuadrilla de bomberos y otra de médicos.

-Está bien, no se mueva -dijo uno de los bomberos.

Les llevó un tiempo, pero con nuestra ayuda, los bomberos consiguieron sacar del avión al único sobreviviente. Los médicos (y una parte de los vecinos) transportaron por turnos a Carlos en camilla hasta el hospital.

Tenía pendiente una visita que hacer.

Cuando mi hijo y yo llegamos a casa, ya era la tarde.

-¡Papá, has vuelto! -dijo Guille.

-Cariño, ¿qué estuviste haciendo hasta tan tarde? -me preguntó ella.

-Ahora te lo cuento. Luis, ve a arriba con tu hermano a jugar.

Los chicos subieron, mientras yo me quedé con ella.

-Hanan, en el avión había un sobreviviente, y hemos ido a rescatarlo. Hemos tardado tanto por la razón de que la electricidad ha dejado de existir -dicho así sonaba triste, pero no había pruebas de su existencia.

-Entiendo. ¿No tienes hambre?

-No -le respondí. Por cierto, tenemos que hacer una visita al hospital, allí está el hombre al que rescatamos. Su nombre es Carlos.

Llegó la noche.

Iluminamos la casa con velas. Cenamos y nos fuimos a dormir.

En aquel silencio sepulcral, solo se escuchaba algún perro ladrar. Esta vez, sí pude dormir más tranquilo.

Día 5

Después de dos días y luego de organizarnos, decidimos ir a ver a Carlos.

Recorrimos todo el centro hasta llegar a aquel edificio blanco.

Entramos al hospital. A la izquierda había un mostrador de recepción. Me dirigí hacia allí.

-Buenos días ¿Nos podría decir dónde está la habitación de Carlos? Venimos a hacerle una visita.

-Lo siento, pero el paciente no admite visitas por su estado, me dijo la recepcionista. Un momento... ¿Es usted quién rescató a este hombre?

-Sí, fui yo. ¿Por qué?

-Carlos le está esperando. Ha dicho que quiere verle solo a usted; su familia tendrá que esperar aquí.

Allí estaba Carlos, tumbado en aquella cama blanca, con la luz del sol alumbrándolo directamente, como si de un ángel se tratara.

-¡Cuánto tiempo sin verte! -Dijo Carlos apenas me vio entrar por la puerta.

-¿Cómo estás, Carlos?

-No muy bien. Tenemos que hablar -dijo mirándome fijamente. Es importante.

Escúchame bien -dijo Carlos. Los médicos han dicho que tengo heridas muy graves,

y no me dan mucho tiempo de vida... Empezó a toser y espectoró sangre, parecía que se estaba ahogando; le acerqué un vaso con agua -Gracias. Como iba diciendo, tengo el cuerpo destrozado por dentro. Lo que te tengo que decir es que el viaje en avión no era por negocios. Realmente estábamos huyendo de una explosión PEM o pulso electromagnético, que inutiliza todo sistema electrónico. Por lo que se ve hay alguien... -de nuevo, Carlos comenzó a toser-...hay alguien que quiere... extraer... tod... Debes pararl...
-¡Qué venga un enfermero! ¡Rápido!

Salí de la habitación a toda prisa a buscar a alguien. Uno de los médicos acudió lo más rápido que pudo. Trató de reanimar a Carlos, pero fue imposible.

Había muerto. Ya no estaba entre nosotros.

Estaba furioso. ¿Qué ser humano querría acabar con la vida de tanta gente? ¿Quién necesita tanta cantidad de energía?

Debía detener los planes de aquel loco.

Salí pálido de la habitación. No podía creer que alguien había muerto delante de mis ojos.

Cuando llegué a la recepción, mi familia se dio cuenta de que algo había pasado.

-¿Cariño, estás bien? -me preguntó mi mujer.

-Solo un poco mareado. En casa ya les contaré.

Al llegar a casa, les mentí contándoles a todos que Carlos estaba bien, dentro de cómo podía estar después del terrible accidente.

Tenía algo muy importante que contarle a mi mujer, pero todavía no era el momento.

Por la noche, ya acostados, reuní el valor suficiente y se lo dije.

-Hanan, tengo algo que decirte -ella estaba temblando. Sabía que algo más había pasado. Carlos no está vivo. Es más, antes de irse me encomendó una misión. Me dijo que debía pararle los pies a alguien.

-¿Estás seguro de lo que vas a hacer? -me preguntó ella mirándome fijamente a los ojos. Tenía miedo, mucho miedo.

-Por más que lo pienso, no quiero que les pase nada. Lo mejor es que lo haga.

-¿Cuándo vas a irte? -dijo con la voz temblorosa.

-Esta noche, así no despierto a los niños. Cuando se despierten y no me vean, díles que me he ido a buscar víveres.

-Entonces, ¿puede que ya no vuelva a verte? -Dijo mientras estaba mirándome con los ojos llorosos.

-Cuida a los niños. Volveré. Te lo prometo. -Le sequé las lágrimas de cristal que tenía resbalando por las mejillas y la besé.

Me quedé recordando mis últimas palabras hacia ella -...volveré. Te lo prometo. -.

Esperé un par de horas y, decidido, salí de aquella habitación, la que probablemente nunca volvería a pisar.

Cuando salí de la habitación, vi a mi hijo mayor, Luis, frente a mí.

-Luis, métete en la cama antes de que se despierte tu hermano -le dije en voz baja.

-Ya sabía yo que algo más pasaba.

-Tú no te preocupes, métete en la cama, mañana será otro día.

-No. Yo me voy contigo.

-No me lo discutas. A tu cama ya.

-Con una condición: que me cuentes qué está pasando.

-Muy bien. Con otra condición: que no salgas detrás de mí.

Le conté todo lo que había pasado: Carlos, la misión que tenía... todo.

Cuando terminó de escuchar, añadió:

-Debes quedarte aquí para cuidar a mamá y a tu hermano pequeño, ¿lo entiendes?

-Sí. Ya me voy a la cama -me dijo con la misma pena con la que Hanan me miraba.

-Ven aquí.

Le abracé, le di un beso y empezó a llorar en mi hombro. Ambos sabíamos lo duro que era para todos, pero también sabíamos lo necesario que era.

Subió la escalera, y se metió en su cuarto.

Entonces, salí por la puerta de mi casa, la que probablemente nunca más volvería a pisar.

Estuve andando hasta el lugar del accidente, donde vi a una pareja de hombres vestidos de negro revisando el avión de arriba a abajo.

-Aquí no está -dijo uno de ellos.

Intenté pasar desapercibido entre aquella sospechosa pareja, pero no fue posible.

-Tú, ¿qué haces aquí? -dijo el más alto de ellos.

-N-Normalmente, s-salgo a p-pasear por...

-¡Seguro que sabe algo! ¡A él! -Dijo el primero. Acto seguido me dejaron inconsciente y me llevaron a algún lugar desconocido.

Día 6

Desperté en una habitación blanca. Bueno, realmente era una celda. Lo raro es que estaba iluminada...

Una cama, un váter y un lavabo eran el único mobiliario que había.

Toqué todos los bolsillos para ver si me habían quitado algo. Comprobé que estaba todo: cartera, un artefacto raro...

Espera un momento... ¿qué era eso?

Mientras intentaba recordar qué había pasado, entró en la celda un hombre que parecía

un científico loco escoltado por dos hombres de negro.

-¡He aquí nuestro hombre! -dijo un tipo con gafas, bata blanca y pelo que hacía juego con su bata.

-¿Qué hago yo aquí? -pregunté.

-Hombre, fuiste tú quien nos robó la pieza que nos falta.

-Señor -le dijo un hombre de negro al tipo de bata -, este no es Carlos...

-¿Qué este hombre no es él? ¿Entonces qué hace aquí? -gritó el científico.

-¿Qué ocurre con Carlos? -pregunté.

-Carlos trabajaba para nosotros, pero al enterarse de mi plan, robó una pieza fundamental de mi trabajo, así que no puedo terminarlo.

Con que eso era lo que tenía en el bolsillo...

-¿De dónde conoce usted a Carlos?

-Se estrelló el avión dónde venía. Por si no lo sabían, mataron a mucha gente. Bastardos...

Uno de los matones me propinó un puñetazo.

-¿Dónde está Carlos? -me preguntó uno de los de negro.

-Muerto, como toda la gente que iba en ese avión.

Un silencio aterrador tomó poder en la sala.

-Ya no se puede hacer nada -dijo el científico-. Bueno, me presento, soy Albert.

-Albert, me gustaría saber qué trabajo tiene entre manos para que alguien muera por ello.

-Se lo presentaré con sumo gusto.

Salimos de la celda. Caminamos por largos pasillos hasta llegar a una especie de laboratorio.

La puerta se abrió.

-¡He aquí el destructor! -dijo Albert orgulloso de ello.

-¿Y qué hace esa cosa? -le pregunté aterrado.

-Primero, recoge toda la electricidad a nivel mundial y la almacena. Segundo, crea una explosión de ondas de choque que destruye todo edificio que tenga más de tres metros; en otras palabras, todos los edificios.

Era inhumano. El destructor tenía una forma amenazante e intimidante, como si estuviera decidiendo entre matarnos a todos o dejar vivo a uno.

-Debo decir que estoy impresionado -le dije a Albert -. ¿Cómo puedes almacenar tanta cantidad de energía?

-Fácil, si tienes unas baterías gigantes de fluoruro de xenón y diamante. Aunque alguna batería nuclear he tenido que usar...

Si quería hacer algo, debía destruir esa máquina. Pero, ¿cómo podría hacerlo...?

Mientras vi una llave inglesa enorme a mi izquierda, una idea vino a mi cabeza.

-Albert, tengo que reconocer su increíble trabajo. Me gustaría participar en su enorme empresa.

-No se sí podrá. Me falta uno de los condensadores y me es imposible fabricarlos.

-¿Y si le dijera que lo tengo? Lo encontré en el bolsillo de Carlos.

Lo tenía a su vista. Albert lo deseaba; lo tenía tan cerca...

Cuando intentó agarrarlo, se lo retiré y lo volví a guardar.

-¡Agárrenlo! -le gritó a su escolta.

-¡Todo el mundo quieto o lo destrozo! -dije mientras empuñaba la llave inglesa con una mano y tenía el condensador en la otra.

-Bien, tú ganas -dijo Albert -. ¿Qué es lo que quieres a cambio?

-De negocios se habla en privado.

Albert mandó a los hombres de negro a retirarse.

Solo estábamos los tres: Albert, esa diabólica máquina y yo.

-Lo único que quiero es protección. A cambio de eso te daré encantado el condensador.

-¿Solo eso? Está bien.

Le di el condensador a Albert. Me invitó a seguirle cuando iba a instalarlo.

-Y aquí concluye mi obra maestra -dijo ese loco mientras colocaba el condensador en su sitio y activaba la máquina.

Mientras él disfrutaba su glorioso momento, se lo arrebaté con todas mis ganas.

Tomé la llave inglesa de nuevo y empecé a golpear las baterías cargadas de energía.

-¿iPero qué haces!?! -gritó Albert a pleno pulmón.

-¿No es obvio? Simplemente, no quiero que cumplas tu “increíble” plan. Esto lo hago por mí, por mi familia, por mi lugar en este mundo y por Carlos -dije mientras destroza-
ba el trabajo de Albert.

-iGuardias! iParen a este imbécil! -dijo Albert enfurecido.

Dos hombres de negro aparecieron por la puerta. Me di la vuelta y golpeé a uno de ellos con la llave inglesa. Al otro lo esquivé y salí.

Mientras corría hacia la salida, escuché una explosión. Acto seguido, vi como el edificio se hacía pedazos. El destructor se activó.

Salí de aquel extraño lugar. Me quedé viendo el edificio destruido durante varias horas, atónito por lo que había ocurrido.

Nadie más había salido de él. Supuse que habrían muerto. No creo que nadie se adentre para desactivar la PEM; una nube verdosa rodeaba el edificio, amenazante. Con toda la cantidad de energía que había en aquel lugar, creo que estaremos sin electricidad durante mucho tiempo.

Tomé la carretera. Estuve horas andando, hasta que llegué a la ciudad. Era por la tarde. Estaba exhausto. Tanto, que nada más llegar, me desmayé.

Día 7

Me desperté en una habitación de hospital. La luz entraba por todos lados. Entonces recordé que el destructor había destrozado gran parte de aquel hospital, aunque esa habitación estaba limpia de escombros.

Una enfermera entró. Se sorprendió al verme despierto y, acto seguido, me preguntó:

-¿Cómo se encuentra?

-Bien. ¿Podría hacerme el favor de contarme que ha pasado?

-No sabría qué decirle. Lo único que sé es que lo trajo un hombre entre sus brazos. Está desde ayer en la cama.

-¿Podría llamar a mi familia? ¿Dónde están?

-Vendrán en un momento.

Estuve esperando pacientemente. Mientras, pensé en todo lo que había pasado: mi familia, Carlos, aquel científico chiflado... Al final, llegué a una conclusión: estaremos mucho tiempo sin electricidad, pero al menos estaré con la gente a la que quiero.

Pasada una hora, vi a mi familia entrar a la habitación.

-¡Papá! -gritaron mis hijos.

-Hola, mi amor -dijo mi mujer entre lágrimas.

Luis y Guille se me echaron encima, mientras que mi mujer trataba de secarse las lágrimas de la emoción.

-¿Qué tal están todos? -le pregunté a mi mujer.

-Estamos bien. Te echábamos de menos.

-Yo también a ustedes.

Acto seguido los abracé. Ya estábamos juntos. Sin electricidad, pero juntos.

Treinta años después...

-...y así es como acaba la historia.

-Oh, abuelo. Siempre nos cuentas la misma -dijo Daniel.

-Verdad -dijo Lucía.

-Puede ser porque me parece que es la mejor de todas -le dije mientras le echaba una mirada de complicidad a mi mujer.

-¿Qué ocurrió después? -preguntó Lucía.

-Esa es otra historia, nieta mía. Pero al menos puedo contarte que reconstruimos la ciudad como pudimos, pero al final nos mudamos a esta pequeña aldea rural. Empezamos a cultivar nuestro propio alimento y a cuidar nuestro ganado, hasta el día de hoy, que seguimos igual que hace treinta años.

-¿Por qué no cuentas qué pasó después? -preguntó Daniel.

-Ya es tarde. Mañana les contaré.

-Oh, siempre dice que mañana la contará y al final, nada... -dijo Daniel en voz baja mientras entraba en la casa con su hermana Lucía.

Fui hasta donde estaba Hanan. El paso de los años no le había hecho mella con el mismo efecto que a mí. Ella parecía más joven que yo, cuando realmente no era así.

-Se te ha olvidado una parte -me dijo ella.

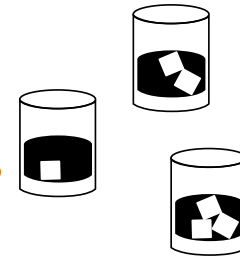
-¿Cuál?

-Eso es otra historia.

Me puse a su lado y ella dejó caer su cabeza sobre mi hombro mientras veíamos la puesta de sol... Era preciosa.

Ya había contado esa historia mil veces y en ese momento, llegué a una reflexión: lo importante es estar con la gente que uno quiere.

Los amigos



En ese juego todo tenía que andar rápido. Cuando el Número Uno decidió que había que liquidar a Romero y que el Número Tres se encargaría del trabajo, Beltrán recibió la información pocos minutos más tarde.

Todo estuvo fríamente calculado. Organizaron un encuentro en un bar en las afueras de la ciudad, de esos que pasan desapercibidos, y planearon cómo iban a llevar a cabo el asesinato. En sus mentes rondaban permanentemente los motivos, las causas iniciales, como ciertos roedores subterráneos, como ciertos buitres que presagian la desgracia. Nadie dudó. Los tres reunidos en el bar pidieron a la moza su bebida preferida: whisky con hielo.

El Número Uno tomó la palabra y les dijo claramente a sus hombres:

-Éste se pasó y las va a pagar. ¡Un traidor no merece otra cosa que la muerte!

Hubiese sido el negocio de su vida, pensaba, sus hombres y él se hubieran convertido en multimillonarios, pero ahí, justo ahí, se metió Romerito y no se la iban a dejar pasar como si nada.

-¡No señor! ¡Los amigos se respetan, los códigos no se rompen, qué tanto!

El Número Tres dijo que conocía a la Turca, que ella sabía cómo hacer bien las cosas, que montaría un buen espectáculo. Solo faltaba decidir el lugar.

-Conozco un tipo que nos puede dar una mano. Una casa de mala muerte cerca del muellecito. ¿Qué les parece?

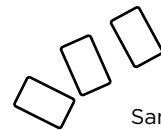
-Ok, encargate, dijo el Número Uno mientras Beltrán tomaba el último sorbito de whisky.

La Turca desplegó, como solo ella sabía, sus artes de seducción y Romero cayó en la tela. Ya en la habitación ella ofreció traerle un vaso de vino y él aceptó. Los pasos de la mujer fueron la señal perfecta para que el Número Tres comenzara el principio del fin. Tres disparos de un arma calibre 22 impactaron en Romero. Dos en la cabeza y uno muy cerca del pulmón.

Beltrán súbitamente había desaparecido, el Número Tres lo llamaba pero no había respuesta. Unos minutos habían pasado y sorprendentemente llegó la policía. Intentó escapar con la Turca pero era demasiado tarde: Beltrán, arrepentido, había alertado a los uniformados quienes encontraron a un hombre sin vida tirado en el piso, boca arriba re-

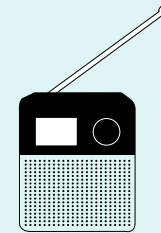


pleto el pecho de sangre, los ojos extraviados y suplicantes, en una casa de mala muerte. Un comerciante de la ciudad, un hombre sin antecedentes penales, un buen vecino, pensaron. Los sabuesos rastrearon al Número Uno pero no lo encontraron. Nadie supo más de él.



Santa Rosa, La Pampa - Colegio Secundario Zona Norte (4º año)

Sueños cumplidos



En 1986 se jugó la final del Mundial entre Alemania y Argentina en el Estadio Azteca de México, el cual fue relatado por “El Chino” con su clásica frase “ni un foco tiene este jugador, ni un foco”.

La pelota iba circulando por la cancha encantadoramente pensando en el futuro bondadoso de este equipo, mientras la hinchada miraba con ojos seductores.

“La mueve Passarella, la toca Batista, la sigue, la sigue; se la pasa a Carlos, la recibe Maradona, amaga, la pisa y le hace un caño a Berthold; descarga con Caniggia, tira un centro y entra el Tata Brown, cabecea y la clava al ángulo. ¡Gooooooooo!, sí, sí, señores, gol de Argentina, cantalo, cantalo... Argentina cada vez más cerca de la Copa del Mundo”. La hinchada se enloquece, el Estadio Azteca empieza a temblar.

En el entretiempo el técnico felicitó al equipo argentino por su fabuloso desempeño. Les pidió a los jugadores que jugaran tranquilos y sin desesperarse, porque un paso en falso podría costarles la copa de mundo. Al comienzo del segundo tiempo se notaba que Argentina jugaba más relajada, había bajado su rendimiento y estaba demasiado confiada. Esta situación traería sus consecuencias, y el desenlace se vio a los treinta y seis minutos cuando Alemania se apoderó de la cancha y convirtió su segundo gol.

El Chino siente que le falta el aire y que un dolor muy fuerte del lado izquierdo le punza como queriendo advertirle algo. En ese instante, comienza a ver como en una película toda su vida, las imágenes se agolpan en su mente unas tras otras, no pudo resistir un golpe tan duro; a los pocos segundos yacía tendido en ese suelo tan anhelado. El silencio reinaba detrás del micrófono.

Pertenecía a una familia humilde, siempre había trabajado para colaborar con lo que hiciera falta. También había tenido que costearse sus estudios como periodista deportivo y, a pesar de que parecía ser solo un sueño, hoy podía decir que era un profesional con todas las letras. Con mucho esfuerzo se había alejado de su familia para irse a vivir por primera vez a una ciudad. La adaptación, como a todo chico de pueblo, no le había resultado fácil, ya que él provenía de una pequeña localidad llamada Carro Quemado. Para mantenerse y poder cursar sus estudios trabajaba como repartidor de diarios, esta “changa” le permitía vivir y, a veces, incluso, ayudar a su familia.

Mientras realizaba este trabajo, se emocionaba viendo las no-



ticias de partidos, y era inevitable no relatarlos, imaginando a su ídolo esquivando a sus contrarios en la cancha. Un día, caminaba por la facultad totalmente ajeno a su entorno, solo pensaba en el clásico que se había jugado la noche anterior. Ensayaba una y otra vez sus frases, practicaba la fonética de... De pronto frente a él, una morocha, pelo lacio, ojos celestes. “Perfecta por donde la mires”, confesaría un tiempo después hablando de Carolina.

Al poco tiempo de ese fortuito encuentro, el Chino se ganó una beca estudiantil para realizar un viaje a Perú, ahí adquirió cierta fama entre los relatores peruanos por su peculiar acento y sus dichos pampeanos. Mientras tanto, Carolina estaba buscando material para su próximo programa, cuando un compañero de trabajo le comentó acerca de un pampeano que, después de una pasantía en Perú, se había hecho renombre entre sus colegas. Decidió contactarse con él e invitarlo a su próximo programa donde el locutor Horacio Pagani le haría una entrevista.

Al terminar el programa, cuando el Chino estaba saliendo del estudio, Carolina lo interceptó en un pasillo, lo invitó a conversar y a tomar un café. Entre charla y charla encontraron muchas cosas en común y comenzaron a verse cada vez más seguido. Con el tiempo, él terminó su carrera gracias al apoyo de ella y su familia.

La memoria del Chino retenía cada uno de esos instantes y guardaba una especie de fotos indelebles en su corazón. Aún yacía en el piso alfombrado de la cabina.

Todo sucede muy rápido, en un abrir y cerrar de ojos se encontraba en el suelo, rápidamente llegan los médicos, le realizan los primeros auxilios y lo quieren llevar a la clínica. Cuando el Chino recobra el sentido y toma conciencia de la situación, se levanta de la camilla ignorando las advertencias de los doctores y usando su fuerza para correrlos del camino. Se sienta seguro y lleno de esperanzas en el lugar de sus sueños: porque solo quedan cinco minutos. Todos los oyentes y televidentes se alegran al escuchar nuevamente su voz.

En ese instante Caniggia, «el hijo del viento», mete un gol y toda la hinchada argentina empieza a cantar, el Chino intenta gritarlo pero sus emociones son más fuertes que su garganta. Los recuerdos se le agolpan en ella dejándolo sin habla. Solo puede estallar en lágrimas: «Gracias Argentina por esta alegría, somos los ganadores de la Copa del Mundo».

Explota el estadio con la alegría de los argentinos, algunos gritan, otros lloran, las cornetas suenan, las banderas celestes y blancas flamean en lo más alto, la gente grita “Marado...Marado...”, los fuegos artificiales iluminan el cielo nocturno, se había cumplido el sueño de millones de argentinos, entre ellos, el del Chino.



Jacinto Arauz, La Pampa - E.P.E.T. N° 9 (5° año)

AUTORÍA

NIVEL INICIAL



HISTORIA DE LOS GATOS

Jardín de Infantes “Martha Salotti”

Córdoba, Córdoba

3 y 4 años

Isabella Barcelona, Valentino Bertello Jaime, Valentina Jazmín Cabanillas Guzmán, Franco Tomás Cabral Coronel, Joselín Soledad Cabrera, Bianca Cantonatti, Josué Jeremías Carrizo Aguirre, Mía Contreras, Charo Córdoba Urbani, Nina Córdoba Urbani, Bianca Jazmín Cuello, Fabricio Defino Palomo, Ignacio Ever Ariel Farías, Lourdes Magalí Ganame Juárez, Lautaro Jeremías Gatto Altamirano, Tomás Agustín Gentil, Aylín Luciana González Salas, Maia Milagros González, Jazmín Geraldíne Hidalgo Mondino, Agustina Jaime, Gian Leonel Ledesma Palacios, Eithan Alberto Llompert, Fabricio Ismael Ludueña, Zoe Tiziana Ludueña, Milo Santino Mansila, Bianca Magalí Medina, Juan Andrés Molina, Luana Jacqueline Olmedo, Ignacio Gabriel Peralta, Zaira Pérez Llanes, Naiara Ludmila Ponce Tulián, Marcos Julián Iván Reynoso, Sheina Melina Ruarte, Victoria Selena Abigail Struck, Sebastián Mateo Toranzo, Valentín Torres Ruarte, Ian Ismael Ullúa, Sol Emperatriz Ullua, Uma Zoe Vaca, Mía Valdez Reira.

LOS BICHITOS DEL BOSQUE

Jardín de Infantes “Dardo Rocha”

Laborde, Córdoba

4 y 5 años

LA MAGA Y LA PIEDRA MÁGICA

Escuela N° 266 “Provincia de Catamarca”

Río Blanco, Palpalá, Jujuy

4 y 5 años

Antonia Aguirre Vilca, Dana Ludmila Alancay, Luis Ignacio Alancay Gerónimo, Lara Antonela Alancay, Alan Vladimir Ángelo, Emilce Daniela Aucapiña, Xiomara Tatiana Bárcena, José Ramón Barrios, Lían Miguel Cardozo, Tiago Ian Jesús Cardozo, Pía Nerea Cardozo Vallejo, Ariana Solange Chorolque, Mateo Alejandro Córdoba, Lucas Ricardo Fernández, Denis Noelia Garnica, Luana Nicole Mamaní González, David Alejandro Maza, Tiago Leonel Núñez, Santiago Agustín Pantoja Aguilar, Martina Méndez Portal, Valentina Ramírez, Juan Manuel Riloba López, Julio Gael Santino Rodríguez, Ludmila Inés Rojas, Camilo Alejo Ruiz Melean, Victoria Eunice Soza, Gonzalo Rubén Vilca, Mariano Gabriel Yufra, Aarón Franco Zenteno.

EL BARCO DE NACHO Y LOS PIRATAS

Jardín de Infantes “General Bartolomé Mitre”

Los Cerrillos, Córdoba

5 años T.T.

EL GRAN SUEÑO DE JULIO

E.J.I. N° 48

La Cruz, Corrientes

4 y 5 años T.M.

Ián Kevin Amado, Agustina Alejandra Aubel, Milena Nahiara Bueno, Benito Geremías Cabral Fernández, Zaira Noemí Cardozo, Lucrecia Anahí Encina, Florencia Magalí Fernández, Claudio Sebastián Fontoura, Zaira Denis Galeano, Berenice Sofía Gómez, Dana Melisa González, Kevin Lionel Ledesma, Ayala Ivana Ledezma, Carla Marisol Luna, Yoseline María Liliana Martínez, Benjamín Parra, Keyla Magalí Rivero, Oriana Saavedra Almeida, Gonzalo Benjamín Vidal.

MAR DE PULPOS

Jardín Sol de Tupungato

Tupungato, Mendoza

5 años

Joaquín Aguilera, Bruno Blanco, Zoé Blanco, Thiago Bustos, Ángeles Calderón, Isabella Cingolani, Thiago Coronel, Magalí Corvalán, Yemina Díaz, Teo Echegaray, Bautista Galarza, Matteo Ibañez,

Gastón Icazatti, Daniel López, Sol Márquez, Dylan Martínez, Rocío Miranda, Máximo Morales, Sofía Morales, Angelina Morelli, Dylan Ortiz, Rocío Ovejero, Arelí Poblete, Thiago Salomón, Benjamín Sandobal, Ezequiel Villagra, Giuliana Vizarate, Lara Zárate, Sofía Zubelza.

NIVEL PRIMARIO



LAS AVENTURAS DE LEODRAGO Y DRAGONOSO

Escuela “21 de julio”

Río Cuarto, Córdoba

1º grado “A”

Gracia Ayelén Altamirano, Tiziano Benjamín Araujo, Emiliano Gabriel Astrada, Sofía Yazmín Belous, Sarandon Jeremías Cicutto, Tomás Valentín Criado, Sabrina Marlene Díaz, Lautaro Elstein, Milagros Etchepare, Morena Ainara Fernández Rodríguez, April Valentina Gallardo Basiglio, Alma Martina Galvan, Sahira Aileen Godoy Blanc, María Pilar Grandberg, Penélope Esmeralda López Davila, Julieta Mabres, Gino Massi, Alex Tiziano Muñoz, Rocío Valentina Narvaez Cusa, Mía Guadalupe Pedraza, Oriana Brunella Petroff, Mía Mailen Pinto, José Ulises Risso, Juana Rodríguez Vila, Kevin Uziel Santo Irusta, Bárbara Nicole Sarraco, Franco Hernán Ismael Urquiza, Lautaro Valencia Ginetti, Benjamín Lucio Virginilo.

EL EXTRAÑO MUNDO DE WÁKULUM

Escuela “Pedro Molina”
San Rafael, Mendoza
7º grado

Alexis Danilo Arriagada, Erika Milagros Gomila, Micaela Sandra Gomila, Melisa Elizabeth Guerra, Camila Cuyén Jamardo, Enzo Gabriel Navarro, Ezequiel Tobías Rosales Tonelli, Rodrigo Daniel Tapia.

EL REGRESO DE LA BRUJA

Escuela Cabecera N° 478
“Gobernación Tierra del Fuego”
La Cruz, Corrientes
6º “C” T.T.

Daira Nahara Aramburu, Noelia Carolina Aramburu, Aldana Valentina Aranda, Priscila Macarena Aranda, Héctor Antonio Arizaga, Ludmila Magalí Azcona, Milena Guadalupe Barbona, Jonatan Rosendo Benítez, Cecilia Camila Blanco, Héctor Gabriel Bonafiglia, Karina Daniela Bueno, Daniela Irupé Corrales, Soledad Itatí Duarte, Milagros Catalina Escalante, Carolina Itatí Fernández, Andrea Soledad González, Luis Ángel González, Yamina Melania Lezcano, Sabrina Cibeli Maidana, Fabricio Rafael Meneses, Sandro Raúl Oliva, Joaquín Nicolás Piris, Nahara Ivana Retamar, Brian Agustín Romero, Nicolás Ricardo Roncati, Melody Ludmila Salas, Juan Ignacio Silva, Sergio Cesar Vera Sena, Matías Ezequiel Verón, Jonatan Javier Zárate, Melani Nicole Zorrilla.

LA PUERTA SECRETA

Santa Sylvina, Chaco
E.P. N° 1013 “Mstro. C. F. Bravo”
7º grado “A”

Andrea Laureana Aguirre, Priscila Juliana Alderete, Ricardo Andrés Burgos, Brisa Magalí Castillo, Carla Isabel Coria, Diego Moisés Coronel, Hugo Sebastián Díaz, Eliseo Natanael Gómez, Agostina González Rodríguez, Deolindo Agustín González, Kiara Luisana King, Rosalinda Noemí Nuñez, Ivana Belén Rodríguez, Yohana Rojas, Angel Ramón Torales, Marcela Alejandra Torales.

UN PIANO, UN VIAJE, UNA ESCUELA

Las Breñas, Chaco
E.E.P. N° 751 “Fray Mamerto Esquiú”. Biblioteca “Vigil”
7º grado “A”

Mateo Samuel Banegas, Ezequiel Gustavo Castillo, Jeremías Ángel Gabriel Cussit, Nicolás Damián Franco, Pablo Daniel Guardo, Agustín Alberto Ibáñez, Mauricio Agustín Ibáñez, Cristian Raúl Ledesma, Francisco Rubén Ernesto Luna, Daniel Gerardo Martínez, Braian Leonardo Musij, Ricardo Gabriel Ovejero, Federico Agustín Pinto, Agustín Omar Ruiz, Maximilano David Salas, Silvina Mariel Aloma, Priscila Naomi Baez, Priscila Alejandra Abigail Díaz, Brenda Araceli Frete, Rocío Evangelina Soledad Godoy, María Susana Maldonado, Lucila Magalí Medina, Belén Tatiana Ramírez, Natali Agustina Riquelme, Brisa Jasmín Romero Weismer, Febe Abigail Vargas, Débora Rocío Veloso.

LA MÁQUINA DE JUANCHO

Resistencia, Chaco
E.E.P. N° 944-1° “Gob. Const. Del Chaco Felipe Gallardo”
Biblioteca Escolar N° 70 “Sagrada Familia”
7° grado

Lara Valentina Acevedo, Kevin Alejandro Aguirre, Uriel Matías Alejandro Alegre, Brenda Aldana Barrios, Priscila Abigail Barrios, Lara Martina Benítez, Florencia Noemí Carrizo, Marcelo Exequiel Chavarri, Dana Fiorella Colzera, Naiara María Antonella Delgado, Damian Ezequiel Escalante, Bianca Mailén Espinel, Melina Priscila Fernández, Tobías Gabriel Ferradas, Florencia Micaela Anabella Gauna Giménez, Lautaro Emilio Gómez, Esnel Gastón Gómez, Agustín Exequiel González, Ludmila Anabel Heinrich, Virginia Jaqueline Lezcano, Claudia Lourdes Maciel, Matías Gabriel Medina, Melisa Tamara Medina, Francisco Lautaro Molina, Lourdes Lucía Peluffo, Lurde Antonela Pinto, Antonela Ayelén Romero, Tiago Iván Romero, Luciana Agostina Rostan, Lucas David Senturión, Orina Priscila Suárez Rossi, Soraida Abigail Villalba, Fernando Gabriel Zardi.

SALSIPUEDES

Jovita, Córdoba
Escuela “Otilia Fernández de Tovagliari”

EL INTRUSO

Escuela N° 1-165 “Neuquén”
San Martín, Mendoza
7° grado

Yael Aravena, Gabriel Barroso, Ayrton Cartelle, Priscila Castro, Uriel Cazador, Brian Enriz, Uriel Guaquinchay, Alexis Ibáñez, Analía Ibáñez, Facundo Maldonado, Rocío Masilla, Gonzalo Molina, Brisa Morón, Candela Morón, Agustina Muñoz, Luciana Nalón, Nicolás Olgado, Milena Olguin, Jesús Ordóñez, Sharbella Paredes, Mario Pastrán, Brenda Peralta, Melanie Quinteiro, Lautaro Rivero, Agustín Rodríguez, Leandro Romero, Brisa Silvestre, Guadalupe Vega, Ludmila Vignaud, Álvaro Zanón.

ASÍ NACIERON EL SOL Y LA LUNA

Escuela “Rosario Vera Peñaloza”
Benjamín Gould, Córdoba
4°, 5° Y 6° grado

Lorena Noemí Acosta, Tania Belén Domínguez, Malvina Soledad Moabro Gasparini. Michel Tomás Roldán.

NIVEL SECUNDARIO



LEYENDA DE MARCOS JUÁREZ

Escuela “María Inmaculada”
Marcos Juárez, Córdoba
3º año

Benjamín Clausen, Josefina D’Anna, Santiago Paolini, Lucía Volpi.

INUNDADOS DE AMOR

Colegio Secundario “19 de abril”
La Cruz, Corrientes
4º 1ª

Alcón Florencia Alcón, Mercedes Aldave, Agustina Aramburu, Matías Baez, Gerardo Barcia, Miguel Beron, Gabriel Cardozo, Agustina Díaz, Antonella Encina, Daniel Escalante, Nestor Figueredo, Alan Fraguada, Cecilia Galarragada, Lorena González, Luana Irala, Damaris Laval, Ramona Laval, Luis Ledezma, Nicolás Leguiza, Héctor Romero, Leandro Silva, Damaris Tasso, Adriana Ventura.

LOS OJOS DE LAUTARO

Colegio Secundario “Dr. Mamerto Acuña”
Alvear, Corrientes
3º “A”; 4º “A”, “B”, “E”; 5º “A”, “D” ; 6º “B” “D”

Yamila Castillo, Sofía Echeverría, Gabriela Eugenia González, Sonia Micaela González, Juana Camila Ignacio, Ramón Sebastián Lezcano, Axel Iván Matiauda, Alejandra Rocío Navarro, Candelaria Obregón, Leonardo Olivera, Nicolás Ezequiel Ramírez, Nancy Beatriz Sampayo, Melina Tatiana Saucedo, Camila Solán.

LA MELODÍA DE LA SOLEDAD

E.P.E.T. N° 5
Macachín, La Pampa
4º año T.T.

Marcos Dámico, Casandra, Gonzalez, Casandra, Morena Luncio, Mateo Maggio.

UNA MÁS

Escuela “José Manuel Estrada”
General San Martín, La Pampa
5º año

Noelia Barrionuevo, Guido Bertón, Stefanía Block Klein, Neiza Brandel Cortejarena, Yamil Collado, Galo Díaz, Sofía Guerstein, Bruno Jensen, Lenis Jesser, Tobías Kapustiansky, Julieta Keil, Agustina Klobberdanz, Damián Mateo Malbos, Ana Lucía Ponce, Agustín Renda, Kevin Salinas, Agostina Schreiber, Tatiana Ubeda, Daniela Urquiza, Milton Welch Starkloff.

LA TRAGEDIA DE DMITRY VÓLKOV

Escuela Técnica 4-013 “Dr. Bernardo Houssay”

Mendoza

4º 2ª

Daiana Barrera, Agustín Chauque, Melina Cruz, Lautaro Cumellas,
Iara Montaña, Alexandra Ramírez, Luciana Rosales.

ÚLTIMO MINUTO

E.P.E.T. N° 5

Macachín, La Pampa

4º año T.T.

Aaron Constanzo, Xiomara Elizondo, Laureano Herrera Navarro,
Milagros Sequeira, Lorenzo Turrión, Jarno Uboldi.

PERSEGUIDOS

Escuela “San Antonio”

General Alvear, Mendoza

4º 1ª

Ignacio Esteban Acuña, Rocío Macarena Astudillo, Abril Ayelén
Ávila, Candela María Ávila, Leonardo Román Bistolfi, Julieta
Abril Burgos, Valentina Aldana Díaz, Magalí Johana Echaverría,
Julieta Daiana M. Fernández, Marina Soledad Fernández, Facundo
Gonzalo Gaggioli, María Luz Gómez, Brenda Ailen López, Carolina

Denis López, Aldana Nahir Machuca, Virginia Romanela Maestra,
Daiana Marcuzzi, Valentina Mathus, Briana Nerea Montañez, Tiara
Zarina Montañez, Julieta Jazmín Montesino, José Nicolás Morales,
Nicole Celeste Noguerol, Brisa del Cielo Olivera, Celeste Giuliana
Orellano, Wanda Martina Paez Leyton, Paula Guillermina Pereyra,
Quimey Ayelén Pérez Paez, Gabriel E. Vilches García.

SIN ELECTRICIDAD

Escuela Agrotécnica “José María Malfussí”

Alvear, Corrientes

4º año

Roberto Gómez, Lucas Monzón.

LOS AMIGOS

Colegio Secundario Zona Norte

Santa Rosa, La Pampa

4º año

Heraldo Aguerre, Agustina Becerra, Matías Bustos, Melina
Chamorro, Rodrigo Guerra Sotelo, Maximiliano Henríquez, Diego
Lemes, Araceli Luna, Agustín Poeig Justo, Lautaro Prat Aguiar,
Mateo Rivero Juárez, Camila Rodríguez, Sofía Santander, Mauro
Schneider, Luna Vega Mazzante.

SUEÑOS CUMPLIDOS

E.P.E.T. N° 9

Jacinto Arauz, La Pampa

5° año

Tamara Anahí Aguayo, Juan Eduardo Araque, Santiago Nehuen Ayala, Dilan Cruz, Cristian Damian Deisel, Michael Kevin Adrián del Río, Shirley Fiorella Cicaré, Brian Emanuel Gerassi, Franco Leonel Santoro, Facundo Ismael Viera Rivas, Facundo Lautaro Weinmester.

Por tratarse de la primera edición del proyecto "Escuelas escritoras", se publican todos los textos escritos colectivamente, aun aquellos que fueron producidos en ciclos educativos no contemplados en las bases.

